

HOMBRES.
LUGARES
Y COSAS
DE
LA MANCHA

Apuntes para
un estudio
médico-topográfico
de la Comarca

POR
RAFAEL
MAZUECOS

Lo inesperado

ha venido a resultar el hecho de que es-

ta obra pueda ser para los descendientes la realidad palpable de un vivir y de una Villa totalmente cambiados y aún desaparecidos, cosa que no entraba en mis propósitos ni podía esperarla y en la que el único mérito es haberla puntualizado en el momento de su transformación: todas las calles y muchísimas casas descritas y fotografiadas, infinidad de personas, usos y costumbres de raigambre alcazareña, un sin fin de detalles de cada cosa y lo más significativo de todo lo vivido, visto o recordado se encuentra en estas páginas expuesto con más o menos arte, pero desde luego con exactitud, con generoso desinterés y con fraternal amor equiparable al de los que lo hayan sentido grande por nuestro pueblo.

El tiempo, inexorable, nos hace percibir cada día el quebranto de alguna energía, la vista, el oído, la flexibilidad, pero al iniciarse la declinación del organismo camino de su desaparición, es hermoso poder decir a los paisanos: ahí teneis el pueblo al que debeis la vida, procurar engrandecerlo pero no le maltrateis y conservar sus esencias que son el patrimonio de todos los que hemos estado y el germen de cuantos nos sucedan.

FASCICULO XLIII



LA PLAZA DE TOMELLOSO

Si, pero no; yo la ví en mi infancia, hará unos ochenta años, mucho mas concurrida y espero no morirme sin ofrecer a los lectores una imagen real de lo que fue, porque lo mas típico de la plaza tomellosera no es la plaza en sí, sino los tomelloseros que se estacionan en ella y en muchos momentos la llenan por completo. Y eso es lo que busco y espero de aquellos amigos, una vista de la plaza llena de hombres solos remoneando y hablando unos con otros.

Los coches, que tantas cosas han cambiado, creo que habrán alterado mucho aquella tranquilidad tan tomellosera y tal vez disuelto las reuniones o por lo menos aminorarlas considerablemente.

Me parece casi imposible que ante la impresión que producía aquella plaza llena de hombres y no solo a la hora de la compra, sino después y por las tardes y todo el día en los festivos, no haya habido quien tenga la curiosidad de fotografiarla, incluso con el Ayuntamiento antiguo que estaría mas a tono que este moderno.

Conservo tan claro el recuerdo de la infancia que siempre veo esa plaza como un gran barco con todos los marineros en la cubierta, derechos, membrudos, como uniformados con los pantalones de pana, la blusa negra y el sombrero abombado, tal como estaba en el mostrador de la lonja, enchufados unos en otros formando una torre.

Cuanto agradecería a quien pueda tener esa vista que nos dejara reproducirla y difundirla por todo el vecindario para que no se olvide tan impresionante recuerdo. Esta fotografía de hoy, tan de agradecer aunque echemos de menos la otra, se debe a la atención de Don José María García Moreno que conocía nuestro interés. Todos le debemos agradecimiento por esta curiosidad.

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Los Santos de 1978

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XLIII

INDICE

Portada
Lo inesperado
Contraportada 1. ^a
La plaza de Tomelloso
Contraportada 2. ^a
La Pia
Página 1
Catársis
Página 2
Pepe López
Página 3
De lo vivo a lo pintado
Página 6
¿Qué comeremos?
Página 7
Pintafralles
Página 8
Complemento
Página 10
Teatrillos alcazareños
Página 13
Máscaras de a pie
Página 14
El amor al arte
Página 18
La misa del alba
Página 19
Mi plaza de Alcázar
Página 22
Sacerdocios
Página 24
El Organillo
Página 26
Los retratos de escuela
Página 32
La Cochera
Página 35
Las casas de los jefes
Página 37
La tizne y la pringue
Página 38
Soldados y treneros

CATÁRSIS

Muchas veces se desea hacer algo, se tiene pensado, pero por unas causas o por otras se va dejando.

Ocurre que las ideas se ramifican como los rosales y si no se podan cubren la empalizada y no te dejan ver ni tal vez de andar.

Esa es la justificación de este libro 43.

Por las preocupaciones de la vida y lo que se necesita de tiempo, de ilusión y de gusto para cualquier trabajo serio, se va demorando su realización y mientras tanto los redrojos y plantas silvestres te van envolviendo y obligan a coger las tijeras para hacer luz en la enramada recortando el follaje.

Con esos excesos o sobrantes se hizo el libro anterior y se hace este y Dios quiera que las circunstancias permitan continuar la obra que espera.

Si estas menudencias sirven de entretenimiento a los lectores nos daremos por satisfechos y agradecidos.

Pepe López, el de La Covadonga

Tenemos que agradecer a los lectores la benevolencia con que acogieron el trabajo sobre la escuela del pasaje y corresponderles con una fotografía mas característica que aquella de muchacho para los que no le recuerden. ¡Oh! fugacidad de las cosas humanas.

De las tres que nos han facilitado sus hermanas Pilar y Concha, nos hemos decidido por esta, que es la menos gráfica pero la que mejor le caracteriza espiritualmente.

Nadie dirá que no sea un cura, en un día de invierno, junto a un ribazo, en el Puerto Lápice, o en el sepulcro al pie del cerro San Antón, que con el breviario delante, hace sus oraciones. La capa holgada con el embozo cruzado sobre el hombro, mas bien por recogerla que por abrigarse, como cualquier ermitaño en el monte de las olivas. Y quien le recuerde como estaba en la escuela es imposible que le reconozca aquí. Mentalmente era también difícilmente catalogable para quien no viera en el fondo de su volubilidad un deseo bien patente de depuración de sus ideas y de encontrar la buena senda por entre hierbajos y malezas.

Muchas gentes que se quedaron embobadas oyendo sus explicaciones, le perdieron la fe y dudaron de su sinceridad, cuando no de su integridad mental, ante los cambios de su pensamiento, sin ver que lo mismo era que llevara en la mano, como lo hacía con frecuencia, la Biblia del P. Escio, o la de Varela, porque en el fondo todo era evangelizar y predicar con el ejemplo de un sacerdote modesto, recatado, pacífico y tranquilo, y que solo de Dios es el juicio absoluto sobre el secreto de los corazones. Pepe fue un hombre de preceptos y sincero en toda ocasión, que vivía en continuo ejercicio espiritual, atendido al bien obrar y murió en el quirófano, en el curso de una operación desaconsejada por la familia, por no faltar a lo convenido y a la preparación recibida, con rigor disciplinario, o sea, por no quedar mal, aunque con fiado y confortado humildemente con la esperanza de la protección divina que le dió muerte indolora, merecida por lo mucho que había sufrido.



De lo vivo a lo pintado

Diferentes personas me han reprochado lo que puede ser Alcázar a través de estos libros y que quienes no lo conozcan lo conceptuarán como un país irreal porque no tiene mas que cosas buenas. Lo piensan y me dicen que la vida pueblerina es precisamente lo contrario, arisca, resentida, agresiva.

Yo no creo haber sido tan parcial al exponer las cualidades del carácter alcazareño.

No se, pero yo hablo de Alcázar tal como lo veo, tal como lo aprecio y tal como lo siento y lo digo con franqueza y con naturalidad, sin desfigurar mi juicio ni sobre lo bueno ni sobre lo malo, sin recargarlo de tintas chillonas o exageradas, me dejo de llevar y si no sale otra cosa, será porque no la haya o por torpeza mía, no por propósito deliberado de enmascarar la realidad o batir palmas cuando no vengan a cuento que siempre suenan a falsedad.

Se trata, por supuesto, de valorar los rasgos mas generales o predominantes, no las individualidades aisladas, pues ya se sabe que en todas partes cuecen habas y que unas determinadas condiciones personales no pueden ser ni son motivo que distinga la vida de un pueblo, aunque de sumarse muchos rasgos idénticos puedan imprimir matiz a la vida general o a los usos o costumbres de determinados momentos.

Cuando se habla de la cabezonería baturra, por ejemplo, no se quiere decir que no haya en Aragón personas propicias y aún fáciles al buen entendimiento, sino que la tozudez es uno de los rasgos característicos del carácter aragonés, cosa de la que ellos deben mostrarse y se muestran orgullosos y poseídos de ser gigantes y cabezudos.

Lo mismo que es proverbial la viveza, la generosidad y la alegría del pueblo andaluz, aunque sea esa también la tierra del bandolerismo, proclamado por gracia como generoso.

Y lo mismo la suavidad taimada del gallego, la perfidia del valenciano y el judaísmo catalán.

Y así por el estilo los de las demás regiones y dentro de ellas los de ciertas poblaciones en particular, como pasa con Madrid, cuya nobleza, espíritu hospitalario, tolerancia y agudeza ingeniosa, no tienen con que compararse y han dado pie a incontables obras literarias. Y eso es precisamente lo que mas ha influido en la vida alcazareña durante los dos últimos siglos.

Pero sin eso, Alcázar se distingue de casi todos los pueblos de alrededor por su espíritu independiente, por su inclinación a la bullanga de

buen fondo, de comer y de beber y no meterse con nadie, con un pacifismo tan marcado como para perderse la cuenta de los años que pasaban sin producirse un delito de sangre. Y los que se daban, como el de la tía Negrita misma, eran de gentes forasteras. Que por cierto la cosa no era para ponerle una calle y de hacerlo debería haberlo sido con una buena leyenda, al estilo de las de los telones que venían a la plaza relatando crímenes y vendiendo las coplas de los relatos. Hoy mismo, que nadie recuerda los hechos, aunque estén aludidos en esta obra tal como los presencié, podría tener caracteres novelescos de la mas deslumbrante fantasía.

La observación somera de algunos hechos públicos nos demuestra el indiferentismo de la psicología alcazareña. El primero el gobierno paternal de Estrella durante tantos años, con su leche y su garrota, la leche alcazareña que no es ni mejor ni peor sino diferente y la garrota pastoril que lleva el ganado tranquilamente sin apartarse del camino, evitándole complicaciones de mala idea pero descargándosela en la grupa si se terciaba.

Otro hecho notable lo fueron las diversiones carnavalescas que no eran de la Pascua solamente, porque las caras se tizaron muchas veces durante el año con los culos de las sartenes en las tardes y noches de Santa Agueda, de Santa Polonia, San Marcos, San Antón y San Sebastián y algunos mas. De no estar en el fondo del alma popular no hubieran podido aguantarse aquellos cuadros truculentos, muchas veces repugnantes, solanescos, de las tardes del Altozano con un regocijo ruidoso y una algazara general de toda la plaza rebosante de personal.

Otro hecho memorable son las elecciones. Alcázar no se casa con nadie y dificulta realizaciones con su criterio de que el que la ha pelado que la descañone. En Alcázar no había ningún cacique dominante pero había un partido republicano mayoritario, de solvencia moral y material irreprochables y se declara autónomo y lo es durante años para que nadie de fuera le induzca o le obligue a cumplir indicaciones que estén en desacuerdo con su honorabilidad austera y merme su prestigio en la localidad. Cualquiera día de las elecciones mas enconadas, se juntaban en el casino los de todos los partidos comentando los incidentes habidos y condenándolos o justificándolos de común acuerdo, cuando en el resto de España habían ocurrido miles de tropelías y creándose divisiones insalvables.

El juego es otro hecho demostrativo de sus cualidades. Alcázar, pueblo pobre, sin apenas reservas, valido de la atracción que ejerce en la comarca, mantenía casi todo el año una ruleta grande y varias chirlatas con numerosas pandillas de renegados del trabajo. Todo el mundo confía mas en el azar y en la suerte que en el esfuerzo propio y lo prefiere o se inclina mas a ello. No es otra la razón de que la rifa de la feria llegara hasta la Pascua y que Quincito se convirtiera en personaje popular y aún admirado, como lo eran los bigardos manipuladores de las cartas. Y que un hombre de tan mal genio y tan impulsivo

como el Catre, siempre con la faca entre la faja, tuviera la taberna mas concurrida del pueblo y le faltaran habitaciones para poner mesas en todos los rincones de su casa a causa del juego de la lotería.

La riqueza no aumentó lo que debiera porque los padres se quedaban en el casino mientras que los hijos, apenas adolescentes, iban con las mulas. El hombre ocioso se inutilizaba a los cuatro días, con cuarenta años de edad, y quedaba incapacitado para toda labor que no fuera jugarse los cuartos, preparar merendonas y murmurar de todo lo habido y por haber.

¿Qué dentro de eso hay quien cocea mas que una mula falsa?. Pues claro que lo hay. ¿Y quien si pudiera te pondría el pie en el cuello o te quitaría hasta la chaqueta?. Eso desde luego, como en todas partes, pero las excepciones no hacen la regla aunque la confirmen y la regla de Alcázar, no hermana pero si prima hermana de la madrileña, es la condescendencia y el agachar la cabeza para que cada uno se apañe como pueda y escurrir el bulto en las tinieblas, porque de noche todos los gatos son pardos, pero sin malignidad, sin deseo manifiesto de causar el daño sino de evadirse y facilitar el deslizamiento procurando que las aguas busquen su corriente.

La vida de Alcázar con esas condiciones es como un colchón de miraguano donde se duerme tan a gusto que nadie lo rechaza. Un zurrilla y una meriendilla no se perdonan por nada y son infinitos los rincosillos donde se «somallan» las raspas de bacalao con especial arte, pegadizo e inolvidable, que hace pasar el vino como la seda aunque sea carrasqueño.

Alcázar va a los toros cuando quiere y no va cuando no le da la gana pero no sostiene espectáculos por solidaridad ni aguanta los subterfugios y las dilaciones burocráticas y se instala sus aguas o se hace su alcantarillado olímpicamente sin pedir ni una perra, cuando en pocas ciudades se consideraban ineludibles tales servicios, ni siquiera en Madrid, donde cientos de personas vivían de subir a hombros cubas de agua a las casas.

Podrá ser mejor o podrá ser peor, pero Alcázar es así, agachadizo y altanero, mas soñador que heróico, de bastante espuma como sus gaseosas de fama universal.

No siempre hace falta ni hay por qué concretar demasiado los conceptos. Basta con dejar a las personas y verlas de marchar, que ellas solas lo dicen todo y en esta obra las hay a centenares, vivas y vivientes que dicen del carácter alcazareño y de nuestros modos y maneras, mucho mas que pudiera decir la mente mas esclarecida. Ellas son nuestro mejor alegato. Ellas forman la cepa alcazareña cuyo ramaje nos nutre y nos hace ineludiblemente como somos. Y a mucha honra.

¿Qué comeremos?

Al cambiar la estación su puerta de entrada desde la calle de su nombre al paseo, se trasladaron a éste las tabernas y los puestecillos de baratijas al menudeo, como ahora pasa con los establecimientos de las entradas de los pueblos que se salen a las carreteras atraídos por la circulación, pero siempre queda algo y en la calle de la estación quedó la posada de la Gabina de Borrego y Julián el Civil, su marido, gran casa de alojamientos amplios para los trajinantes y albergues cómodos para las bestias, con ayuda eficaz y permanente de los posaderos en los tratos y en la preparación de las transacciones.

Los gorrineros eran los más estables, que vivían como en su casa, alternando con los muleteros y los pañeros que encontraban allí cordialidad de trato familiar, con ayudas múltiples y cobijo seguro para las mercancías. En una habitación pequeña con puerta a la calle, pegando a la primera casa del Rus, despachaba la carne Eusebio el Porrero padre de Camilo.

Los tratantes son madrugadores por necesidad, no pueden descuidarse con los animales y después de darles una vuelta y echarles de comer, van a la plaza siempre.

Muchas mañanas le preguntaban a la posadera.

—¿Que vamos a comer hoy?

Y esta les contestaba:

—Lo que traigais

Y en efecto, siempre subían la parte fundamental de la comida, dejando su preparación a cargo de la posadera, que tampoco atascaba fácilmente.

Daba gusto ver aquella casa funcionando tan abundante y apaciblemente y aquellos corrales tan barridos con numerosas cuadras llenas de ganado y el posadero al tanto de todo como si fuera suyo, velando por la clientela y por la buena marcha de sus negocios, todo con una criada, la Morena, renegrada, bajita y delgada que era una pimienta, y un mozo, Serafín, patizambo y fuertón, villafranquero, al que he seguido hasta morir hace poco.

La Gabina, prima hermana de mi padre, era una mujer de mucho desparpajo y de una lógica contundente, que recuerdo ahora ante las oscilaciones que puede tener la despensa, porque es una gran verdad que comeremos lo que traigamos y que saldremos o no a flote de una manera o de otra, según nuestra disposición. O sea, que lo que no se traiga y se produzca, no lo habrá y aún habiéndolo, el poder comer apaciblemente dependerá de nuestro deseo de seguir adelante a pesar de cuantos obstáculos se opongan a nuestra marcha.



PINTAFRAILES

Hemos hablado de esta familia varias veces y se han publicado fotografías y comentarios de interés general porque así lo requerían las cualidades del hermano Vicente y sus ascendientes.

Ahora y gracias a la misma fuente de información de su nieta Isabel Lucas, podemos publicar estas dos fotografías que ayudan a comprender algunos de los juicios expuestos en libros anteriores.

En la primera aparece Vicente en su decadencia, mas grueso que lo estuvo nunca y que su padre y hermanos que eran secos. Le acompaña su mujer, la Isabel de Candeales muy en su papel de pava fuera ya de la crianza y los cinco hijos supervivientes, las cuatro chicas y Teófilo, el único hijo varón que no negaba la pinta y se le nota bien.

La fotografía pequeña ofrece el interés de figurar en ella Luciano, el prestigioso fraile escolapio conocido por el Chirolo, sobrino de Vicente por línea materna, hijo de una hermana y nieto por lo tanto de Juanillo Alameda

No tuve ocasión de tratarle pero ahora me gustaría buscar el entramado de su carácter con Beneje y sus hermanos y el abuelo Juanillo, cosa difícil ya, pero que por las maneras de explicarse en la correspondencia familiar no diferiría mucho de ellos, pese a su formación religiosa y preparación cultural. A su derecha está la moza que le quedó a Pintafrailles, que lo fue la Juliana. ¿A que se dan un aire Luciano y la Juliana?



COMPLEMENTO

Restaurant

DE LA

estación de Alcázar de San Juan

Menú del 28 de Mayo

El fondista de la estación de Alcázar tiene el gusto de ofrecer á los señores viajeros que acudan á dicho punto á presenciar el **ECLIPSE TOTAL DE SOL**, un almuerzo que costará únicamente

Pesetas : 1,50 cubierto,

y se compondrá de los siguientes platos :

Sopa

Un frito

Merluza en salsa

Pollo con arroz á la valenciana

Pan, vino, postres.

Alcázar, 18 de Mayo de 1900.

Lista del Almuerzo de la Fonda de Alcázar de San Juan,
el día del Eclipse, 1900

Lo es para la historia del eclipse del año 1900, publicada en el fascículo primero, este curioso detalle encontrado por Antonio Moreno en un lugar inesperado, por una de esas casualidades que se dan a todo investigador tenaz de que le salgan al paso, en el curso de su trabajo, las cosas que necesita aunque no las busque en ese momento. Antonio, a pesar de ser Maestro y tener su colocación, se ha impuesto un trabajo duro y difícil que debe acabar en la cátedra universitaria y en la escuela de investigación de Física, que no podrán resistirse a su esfuerzo, si lo realiza como hay derecho a esperar al haber terminado la carrera. Entre paréntesis nos complace consignar esta satisfacción que es de paso un honor para la Villa.

Pues, bien, entre los infinitos papeles que se manejan en cualquier preparación, Antonio Moreno ha encontrado este documento en un discurso leído en la fiesta del libro, del año 1947, por el académico de la Historia Don Vicente Castañeda y Alcover.

El discurso se titula "Urbanidad y Cortesía" y abunda en curiosidades de útil delicadeza para hacer mas grata la convivencia humana.

El documento alcazareño, con toda seguridad un prospecto de mala muerte, es sin embargo una manifestación de gentileza del fondista de la estación —Murillo— que redondea las muchas que se dieron en la Villa ese día para recibir y agasajar a la multitud visitante, pues para congraciarse con el forastero Alcázar se pinta sólo.

Lo reproducimos al margen tal como fue para que quede unido a los documentos, también originales, que figuran en el libro primero.

Y revisando ya el discurso de Don Vicente Castañeda, se encuentra en primer término la invitación para los funerales de Don Baldomero Espartero el día diez de Junio del año 1879, el ilustre general manchego Duque de la Victoria y Príncipe de Vergara, verdadera orla artística en la que los ángeles del cielo coronan la testa rústica de Don Baldomero, destacada sobre un monolito de piedra que se apoya en la escena del abrazo y el abandono de los arreos de la guerra; armas, ruedas, tambores, granadas y cornetas.

Don Vicente dedica un ramillete de normas a varios de los actos de cortesía más comunes y en el de la comida, reproduce la cedulilla de una dada a Don Mariano Pardo de Figueroa, el famoso Doctor Thebussem, el 25 de Mayo de 1892, graciosa y chispeante como cosa de andaluces, que empieza:

"Sopa... al Doctor Thebussem,
galante ofrece Sevilla,
(Si no le parece bien
se le servirá papilla)"

A continuación de ella figura en el libro el ofrecimiento del fondista de Alcázar con la siguiente coletilla:

"¡Y puede que a alguno de los comensales les pareciese caro el cubierto!"

Antes hay un convite incomprensible para los usos actuales. Dice así:

"Señor Don Anselmo Silva-B. L. M. El Marqués de Quintanar. Y le suplica se sirva acompañarme a llevar el Pendón en la procesión de la Catorcena de la Parroquia de San Sebastián en el día 17 del corriente a las 10 de la mañana. y por la tarde a beber en esta su casa, en que recibirá especial favor. Agosto 88."

Hay otras Orlas de mucho interés, como la del laureado poeta Quintana y también diversos dísticos con los que Don Vicente nos recuerda las normas mas elementales, como:

"Si alguien va en pos de tí, no es acción
fina
dejar de caer encima una cortina."

"Son en la buena sociedad deslices
andarse en las orejas o narices."

"No cantes en la mesa ni en la cama
ni silves cual pastor que al perro llama."

"Interrumpir a los demás es falta,
En desmentir la ordinariez resalta."

"Con padre o madre o superior, recuerda,
que debes niño ir tu siempre a la izquierda."

* * *

TEATRILLOS ALCAZAREÑOS

Después de los numerosos grupos de aficionados publicados en los libros primeros, parecía agotado este tema, pero no, Alcázar tiene mucha trastienda y ahora aparecen estos chicos de la escuela, revestidos en grande con motivo de hallarse en el pueblo los superiores de la Orden Franciscana, entre ellos los alcazareños Padres Panadero y Casero. Los aquí residentes quisieron agasajarlos y pusieron en escena «La muerte de San Hermenegildo» que representaron los caracterizados actores que figuran en la fotografía, en la fila de arriba, Leopoldo Nieto, Tomás Álvarez, el Herenciano y el chico de Monedero el guarnicionero.

Al Herenciano nadie le conocía mas que por ese nombre, heredado de su padre que lo era de nacimiento y tenía una tienda grande en la plaza de la Aduana, la casa más arriba de D. Leoncio Raboso el médico, ahora solar, donde como en tantas tiendas lugareñas, había de todo como en botica, que no era ninguna ordinariéz, sino necesidad y hasta conveniencia como han venido a demostrar los grandes almacenes de la actualidad, pero en la del Herenciano, bastante espaciosa, con el suelo de yeso y bastantica humedad, había a los lados del mostrador y contra la pared de enfrente, cajones como de un metro de altos con salvado y moyuelo, sacos de arpillera o costales con las bocas reman-gadas para que se vieran las habichuelas, los garbanzos, la cebada o la harina de titos, la zafra del aceite, el cántaro, el embudo; la alcuza y panillas a un lado del mostrador; hoces; soplillos; fuelles y cordeles tomizas para la poda y para la siega, varas y latigos, ramales, candiles y faroles, jabones y en las anaquelerías hilos, cintas y puntillas, botones, agujas de coser, polvos para la ropa, tijeras y navajas; azafrán: pimentón, azúcar de pilón y molida, alcaguetas y fideos, torcidas para los candiles, yesca y mecha para los fumadores, almidón y petróleo, orzas y lebrillos por los rincones, dedos, alfileres y abalorios, regaliz; trompos y nanas y ovillos de bramantilla, castañas pilongas y en las alacenas del portal y galerías del patio, sacos amontonados, cubos y sogas para sacar agua y un olor a tienda de pueblo, a ratones y a humedad imposible de aguantar. El verdadero nombre de este muchacho era Francisco Jiménez Rodríguez, se casó en Villarta, se hizo rico, le acometieron esos males taimados que atacan a los ricos por todas partes y se murió, como pasa siempre, pues casi nadie disfruta lo que allega si lo tiene que juntar él.

Estuve muchos años sin saber de él y últimamente, como va no existían Don Paco el de Herencia ni Don Julián el de Villarta, que fueron paño de lágrimas de todos los males de la comarca, me tocó consolarle de sus achaques, pero de pequeño solía entrar en su tienda y jugar con ellos al ir a la escuela de Albiné. Digo con ellos porque había otro hermano que se casó con una pintora, hermana de las mujeres de Isidoro Ugena y Abel Escribano, personas todas de gratísimo recuerdo, pero desaparecidas con una prisa increíble, no sé para qué.

En la segunda fila están de izquierda a derecha, Salvador Soria,

Antonio Márquez, hijo del Jefe de la Estación, Vidal Quiralte Ramos, el que se casó con la Aurelia de Carabaño, Jesús Cordero, Cándido Meco Portillo y Luis López Guerrero, hijo de otro Jefe de la Estación. Ya entonces y antes y siempre, los hijos de los jefes de la estación estuvieron en primera fila para todo y fueron considerados y estimados como elementos fundamentales en toda clase de actos representativos u honoríficos de la vida del lugar. Para que luego digan que los alcazareños nos creemos que la estación es nuestra.

¿Verdad que no escasearon la tela para vestir a los chicos?.

Igualito que ahora, que trabajan en traje de playa.



Programa impreso por el Maestrín en tela de raso verde y conservado por Julio Maroto Escudero, que da pena publicarlo por creer que no queda nadie de los que figuran en él. Dice así:

Teatro Moderno

Gran función para el domingo 14 de diciembre de 1913

Organizada por los aficionados; bajo el siguiente programa:

1.º Sinfonía

2.º Representación del grandioso drama de gran éxito, de los Hermanos Quintero, en prosa, dividido en tres actos, titulado

M A L V A L O C A

en el que toma parte la aplaudida primera actriz Srta. Herreros

REPARTO

Malvaloca	Srta. Herreros	Ha. Consuelo	Srta. Gómez
Juanela	Srta. González	Leonardo	Sr. Pérez
Mariquita	Srta. Garcés	Salvador	Sr. Romero (M)
Ha Piedad	Srta. Pérez	Barrabás	Sr. Díaz (R)
Alfonsa	Srta. La Rosa	Martín el ciego.	Sr. Paniagua (M)
Teresona	Srta. Vázquez	Tío Jeromo	idem.
Doña Enriqueta	Srta. Fernández	Lobito	Sr. Díaz (R)

3.º El juguete cómico de gran éxito, en un acto, original de Pedro de Répide, titulado:

Un Palco para el Tenorio

Desempeñado por las Srtas. Herreros, González y Garcés y los señores Díaz (J), Díaz (R), Ruiz y Paniagua.

PRECIO DE LAS LOCALIDADES: Palco con 6 entradas, 6 ptas.; Butaca con entrada, 1 pta.; Delantera de Anfiteatro, 0'70; Gradería de Anfiteatro, 0'50; Delantera de Paraíso, 0'50; Gradería de Paraíso, 0'35.

A LAS 9 EN PUNTO

Las localidades se venden en la Platería de Lubián, Puerta de Villajos (1) hasta el domingo a la una y después en la taquilla del Teatro.

(1) Pero que era donde después puso el Bar-Café el Malvestio.



Máscaras de a pie

Los comentarios suscitados por las notas sobre la Pascua del fascículo anterior, nos hacen pensar que aunque no conste en ninguna parte conocida nuestro carnaval no es o era muy antiguo y que está muy influido, como toda lo de la vida alcazareña, por el ejemplo de Madrid que la vía del tren lo puso tan a su alcance.

Esta máscara de a pie que la encarna Julio Ma-

roto Escudero, es un detalle bien demostrativo y prueba como los demás publicados, el rango carnavalesco que alcanzaron estas fiestas que hasta merecieron rebajas en los trenes, como las de San Isidro, para ir a los carnavales madrileños.

Entonces Madrid se acababa en la Puerta de Atocha. Las Rondas eran eso, las calles que rodeaban Madrid. El Paseo de las Delicias, un paseo o continuación del Prado que empezaban a poblar los empleados de las estaciones del Mediodía y de las Delicias. El irse a vivir a la calle de Tarragona, que se hizo por entonces o a la de Canarias era poco menos que una aventura y allí había una fábrica de harinas, no se si de Demetrio Palazuelo, como en las afueras de cualquier pueblo triguero, cuyo edificio continua destinado a viviendas en la ahora Pl. de Luca de Tena.

La calle de Atocha era, como la calle Ancha de Alcázar, la que recogía todo lo que venía de los barrios bajos que eran medio Madrid, y lo mandaba al centro. Antón Martín era un nudo de comunicaciones concurrencioso, bullicioso y alegre y en carnaval formaba caudalosas corrientes de personal por las calles de León, Amor de Dios y Moratín para mandar gente al Prado y a la Castellana que eran los núcleos principales de la fiesta, donde no se podía ni andar a pesar de las anchuras inmensas. Era por estas calles que presumían de medio aristocráticas, por donde se veían las máscaras de a pie que acudían a los concursos y las otras mas numerosas, abigarradas y truculentas, macabras o solanescas, de destrozanas, brujas del candil o murguistas que mantenían la algazara en todas las calles durante los días de carnaval, desde el domingo gordo hasta el miércoles de ceniza que culminaba con la cuelga de peleles cuyo manteo mantenía vivo el regocijo de toda la vecindad.

En pequeño, aunque no tan en pequeño, Alcázar seguía las costumbres madrileñas y esta máscara confeccionada por Julio Maroto Escudero, demuestra el gusto y el esmero que en Alcázar se ponía para abrigar una fiesta no por olvidada menos divertida, bulliciosa y popular y proporcionalmente mucho mas en Alcázar que en Madrid y añorada con mucho mas sentimiento.

EL AMOR AL ARTE

Es, como todos los amores, divino, porque es querer, es desinterés y es placer. Y cuando se ve una prueba de ello, entusiasmo y deleita.

Sobre esa cualidad, esta prueba que ofrecemos a los lectores tiene la particularidad de que no se volverá a repetir probablemente nunca por faltar ya todas las condiciones que pudieran hacerla posible, sobre todo la voluntad, el esmero y el gusto con que se trabaja una obra deleitándose en ella, que es lo que la realza y le da valor.

Cualquier trabajo bien hecho se revaloriza, por ínfimo que se le



Esta fotografía nos demuestra la satisfacción del gañán al llegar a la era, que permanece en el asiento, suelta los ramales y le dan a su chico, pero a carro parado, pues de tener que coger las riendas pronto hubiera soltado al chico porque lo primero es lo primero.

El asiento es el lugar de gobierno de la galera, recostado el gañán contra las mies, hablándoles a las mulas y estimulándolas suavemente.

Rara vez se echa al suelo como no sea para pasar algún sitio que pueda extrañar a las mulas y considere prudente cogerlas del cabestro para manejarlas mejor y darles confianza yendo delante de ellas.

Paradas en la era, los animales no se mueven y el gañán puede descargar tranquilamente, aunque de cuando en cuando les diga algo recordándoles su obediencia y que está allí.

Esa costumbre la siguen los gañanes en su casa con la mujer y los hijos, como los pastores, que no callan ni dejan los acareos, porque los animales mismos les enseñan las mejores maneras de entenderse e ir juntos por los caminos confiando en la ayuda mutua.

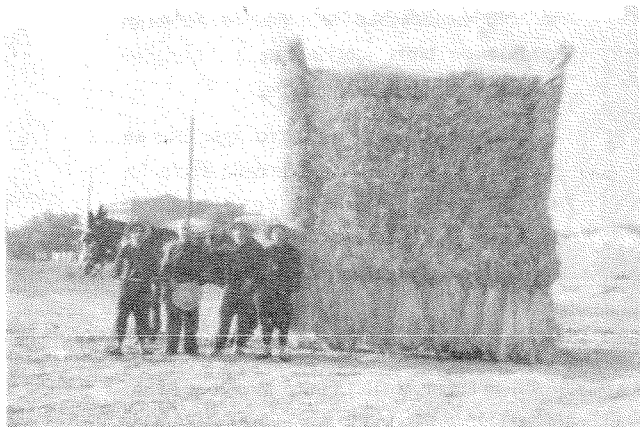
Demetrio al lado de la mula preferida y Espetera, (Pedro Villarejo), el trillador, cogiendo a la montañesa.

considere y este de cargar bien un carro o una galera tiene la mayor importancia, tanto para la cantidad de mies que se transporta como para la seguridad y presentación donde deba realizarse y en este sentido, los acarreos de nuestros frutos han constituido economía y brillantez con ese dominio de la carga y ese pulso en la conducción para llevar las bestias a tan larga distancia, confiadas y obedientes a los manejos de las ramaleras, por los malos caminos sin la menor vacilación.

Hay en nuestra demarcación o mejor dicho, había, unos carros famosos, que eran de los cantareros de la Mota, que parecía imposible que colocaran tanta obra en un carro para ir a las ferias con una mercancía tan frágil a unas distancias tan largas. Y tan expuestos a accidentes que las familias se quedaban bien intranquilas hasta que llegaban donde iban, aunque siempre solían ir varios juntos para auxiliarse si les pasaba algo, como hacían los yeseros de Alcázar aunque el carguío no era tan peligroso, pero podía serlo el camino por sí mismo.

Entre nosotros, el acarreo de las mieses era notable por su volumen que dificultaba su acoplamiento y favorecía los bamboleos que exponían al vuelco, si la carga no había sido distribuída con cálculo y conocimiento para que guardara el equilibrio en los ineludibles traqueteos de los caminos.

En los carros y galeras, sobre la castillada, los buenos cargadores ponían cinco cercos, pero de vez en cuando, salía un enamorado de su oficio y conocedor de lo que llevaba entre manos que cargaba una galera como ésta con nueve cercos, o sea el doble de lo que echaban los fanfarrones y la traía desde la Alameda hasta ahí, junto a la era de la Millana, orilla de la Covadonga cuyos tejados son los que se ven al otro lado de



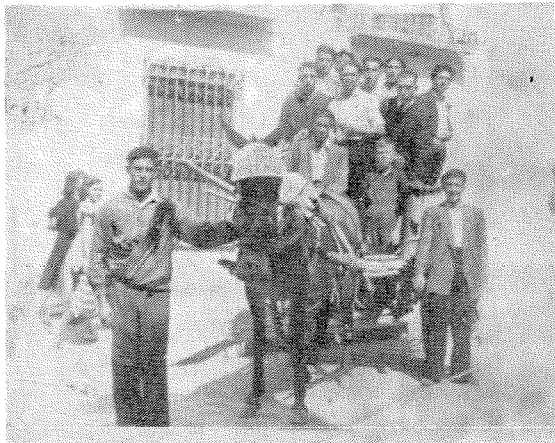
El gañán se apea de la galera tan ufano que se pone en jarras. Demetrio cogido a la punta de la lanza y Espetera a la cabezada de la mula montañesa. Todos están contentos y deseosos de perpetuar su hazaña, que bien lo merece, en una fotografía que la recuerde, el que cargó porque cargó y el que echo los haces porque ¡ojó! lo que se tendría que estírar para llegar arriba y el trillador por el colchón que iba a hacer con la parva.

la galera, que se dice pronto el pulso con que traería las mulas para evitar el vuelco.

Es muy natural y legítimo que estos gañanes sintieran satisfecho su amor propio y se enorgullecieran de sus obras, porque el que hizo esto, Pedro Espinosa Muela, el Conito, se llevó, además los primeros premios de labranza en los concursos organizados en Alcázar.

En la galera aquí representada se echaron 630 haces de los hechos y atados por los segadores, a lo que da de sí la tomiza, que se los iba echando, trabajo nada despreciable, Demetrio Castellanos, el hijo del amo, Ricardo Castellanos Vela. conocido por Tinto Gordo.

Observaran los entendidos que por lo reciente de la fecha, la carga no está hecha sobre una galera de las de verdad, sino sobre un remolque, aunque de cerca de tres metros de ancho y mas de tres y medio de largo. Las galeras con su miriñaque tenían mucha mas anchura y aspecto mas solemne como se ve en las publicadas con las yuntas de Hermosura en el libro tercero, lo cual no quita mérito a estas de hoy, que representan un esfuerzo y un conocimiento cabales. Y como vendría de atento para traer la yunta como una seda tardando cerca de cuatro horas en un trayecto de unos trece kilómetros. El pedazo donde cargó, le dicen los parrazos del Indio y está a un kilómetro de la Casa Raja hacia los molinos de la Alameda.



En este carro, sin el suelo de delante y de pie los guías en el tablero de las bolsas, vuelven triunfantes y gozosos con el primer premio de arado en el concurso de labranza el año que se hizo desde las barras de Criptana hasta los cerros del Tinte. No necesitaban sentarse ni hubieran podido de tanta alegría que les obligaba cantar y bailar dando saltos.

La mula uncida en el carro, que luce en la frente el emblema del premio recibido, está cogida de la cabezada por el chico de Juandela (Felix Tejera) y en el carro van de izquierda a derecha, Conrado Muela, otro Conito y Angel Muela en primer término.

En la segunda fila, Pedro Espinosa Muela, el gañán de todos los galardones; Ale-

jandro Muela y Periquiello (Jesús Ramiro).

En la tercera; Fermín Lizcano, el Artillero, José Flores y Luis Morollón. Los dos últimos son Eusebio Ramos, el Repo y Juan Buedo.

De la yunta que echó el surco, ganadora del premio, solo se ve en la fotografía la cabeza de una mula, pero se nota que está uncida al ubio y se ve por la facha de Segundo Muela, que la tiene de los ramales.

El arado va en el carro donde se ve el timón y la varijada al otro lado de la mula enganchada.

El Conito (Pedro Espinosa Muela) participó en 8 concursos de arado, desde el año 1943 al 61.

En cinco se llevó el primer premio, en el del año 54 el segundo, que se lo repartieron entre él, Gabriel Molina, el de la Concuna y Antonio Cortés el de Tururú.

El año 56 le dieron una copa y el 57 otra, de latón niquelado, con sendos premios de 300 pesetas, cosas que en esos trances no importan mucho por aquello de que no solo de pan vive el hombre y en estos encuentros se pondría dinero encima por el honor del triunfo.

Los jurados estuvieron formados por Bernabé Morollón, Vicente Cañego y Paco Ocón.

Otro por José Muela, Ramón Martínez y José M. Villena.

El tercero por Rafael Cárdenas, Rafael Calcerrada y Nicéforo Angora (Garulla).

Estos fueron los jueces designados, pero en realidad el tribunal lo formaba la gran masa de labradores que acudía a presenciar el encuentro y permanecía atenta hasta que se veía claramente quien era el ganader, que la gente se iba y el jurado no tenía mas que acatar el fallo de la multitud observadora.

Me corre la gañanía por la masa de la sangre y siento admiración por los hombres que se entregan generosamente a un ideal por el ideal mismo que es lo que les eleva sin tener en cuenta los beneficios utilitarios, sino la calidad y el perfeccionamiento de la obra. Estos gañanes honran al pueblo ennobleciéndose ellos mismos y dan ejemplo de generosidad y nobleza enalteciendo el amor al arte.



LA MISA DEL ALBA

Le tengo mucho apego a la madrugada.

Es una buena cosa que aprendí de mis padres que felizmente me pusieron a trabajar de chico, la de madrugar siempre y no trasnochar nunca. Trabajar a primera hora y descansar temprano.

Era de rigor en mi infancia el toque del fraile a las cinco en punto para la misa del alba y con él el abrir y cerrar de puertas, el crugir de carros y el pisar de herraduras sobre los empedrados.

El toque del fraile era el de diana que ponía en movimiento a la gente labradora.

El fraile se cansó de tocar pero a mí me dejó tan acostumbrado que me sigo levantando como si me llamara y hasta me parece que oigo a las beatas de cruzar trotandillo a la Trinidad y aún sabiendo que no han de pasar, me asomo a comprobarlo antes de vestirme y de paso veo como anda el oraje, como hacía el hermano Borrego a la hora de echar el primer pienso que, aunque ya tenía noventa años, no podía eximirse de salir en calzoncillos en medio del Arenal a ver lo que hacía la noche.

Hay que hacer notar que aún en los días más crudos del invierno, a esa hora hace menos frío que después de amanecer y si te vistes y empiezas a trajinar no se nota tanto la crudeza de las primeras horas del día.

Las madrugadas de ahora son mucho más silenciosas que las de antaño.

A pesar de los motores, porque entonces, cuando los hombres se iban se quedaban las mujeres barriendo las puertas de la calle como primera parte de la cotidiana labor doméstica. Ahora todo el mundo se levanta mucho más tarde, bien entrada la mañana, como los aburridos que no saben donde ir, pero al fraile no se le concibe sin recibir con sus preces al nuevo día ni vagando por tertulias noctámbulas hasta las altas horas; porque para ese viaje no hacen falta alforjas.

Esta misa, poco concurrida pero nunca solitaria y seguida casi exclusivamente por mujeres, sobre su importancia doctrinal, era recurso y justificación para abandonar el lecho al primer toque y ganar tiempo para que no sucediera lo que se temía o se detestaba, sin dejar por eso de atender sus demás obligaciones desde la primera hora, pues los sentimientos discurren muchas veces por los escondites más insospechados.

El toque del fraile en el silencio de la madrugada, sonaba tan remoto como si procediera de un santuario solitario perdido entre sierras que llamara a los vecinos de los caseríos desperdigados y, según los aires y el tiempo, el eco se perdía por los espacios con un sonido amenazador. El sonido de la campana hacía más patente la soledad y despertaba temores y sentimientos medrosos.

Alguna vez me he encontrado solo al amanecer en la iglesia de un monasterio campestre, oyendo los cánticos en el coro y puedo asegurar que no hay nada más atrayente, más sugestivo y más confortador. ¿Por qué habrán dejado de cantar los frailes al pintar el día como las pajarrillas?

MI PLAZA DE ALCAZAR

Todas las plazas están mas o menos cerradas, a pesar de que todas las calles van a la plaza.

La de Alcázar la cerraba el Ayuntamiento, de tal forma que en lugar de una cerradura era una abertura y el edificio era un adorno, un monumento ennoblecido por los siglos y circundado de continuo por todas las corrientes de la Villa, haciendo juego con Estrella por lo renegrido, retorcido y arrugado. Los constructores ya previeron la necesidad de facilitar las corrientes fluviosas y lo dotaron de portales en ambos lados.

De todo ello queda una documentación patentísima en esta obra, cuyo primer libro contiene una información gráfica insuperable para quien lo sepa comprender y que a mí mismo me impresiona cada vez que por alguna circunstancia la tengo que repasar. Es un verdadero monumento, archivo viviente de personas y de cosas auténticamente alcazareñas, imposible de olvidar e ineludible para fundamentar cualquier trabajo sobre la Villa, arrancando de lo verdadero.

Con las fotografías publicadas puede ver cualquiera la plaza real y apreciar jalonadas en el curso de los años la serie de equivocaciones que acabaron con ella.

Visto desde arriba, el Ayuntamiento, sería hoy, en el centro de la dilatada plaza, el corazón de la Villa y si le faltaba terreno para tanta empleomanía lo pudo buscar en otro sitio pero no tirar la casa cuando ni siquiera tenía donde reunirse.

El pueblo estaba dividido por el arroyo, todo lo de la derecha del mismo es lo nuevo y para hacerlo hubo que saltar la corriente. Lo de la izquierda es lo viejo y situando el Ayuntamiento en el borde hubiera sido el núcleo central de la Villa y de la plaza.

La primera desarmonía que se produjo en la plaza fue la de la fachada de la casa de Don Alvaro. Después Don Oliverio la aumentó con la del casino y por último Alvarito lo acabó de arreglar con el pasaje, quitando el medallón de la posada. Lo demás que siguió de Carreño, de Blas Frasco, Casimiro, Natalio y Juanillo, todos con su mijita de alarde, fue ya consecuencia de lo mismo y de no importarle a nadie lo que hubiera de armonía en la plaza y en su recinto.

A lo largo de esta obra hay observaciones exactas de todas las vicisitudes porque pasó el Ayuntamiento, incluso la de su demolición. Y lo mismo de la posada, comentada y publicada en el extranjero por los escritores que visitaron Alcázar y que era, con la casa de Rojas, los

tres medallones de la plaza, su pasado, su historia y la ejemplaridad de su vida.

Aparte del error fue una lástima la desaparición de la posada. Siendo una casa se utilizaba constantemente para pasar desde la calle de la Tahona a la Plaza y al contrario y tal vez eso equivocó a Don Alvaro. Aquello era efectivamente un centro comercial, la posada tenía el negocio vivo sin más que atenderlo, como todavía están las posadas de la Cava Baja, pero el pasaje nació con un velo de tristeza y una umbría rechazados por la gente que ni calle ni posada, a pesar de estar en la plaza y de ser la nuestra la más importante y la mejor surtida de toda la comarca, por lo que necesita amplísimos servicios alrededor.

El único milagro que se divulgó del pasaje fue negativo, el de quitarle el nombre propio al médico que se fue a vivir a él, que se quedó de por vida con el mote de el médico del Pasaje.

La plaza perdió todo su carácter, se vistió de luces y ya veremos si las lentejuelas conservan el brillo tanto como las piedras.

Dice Azorín que «nada hay más funesto en un país que romper con la tradición. Una solución de continuidad es el semillero de extorsiones peligrosas. Lo que se ha elaborado durante siglos, sólo el tiempo, suavemente, puede ir modificándolo. La violencia es innecesaria —y a veces cruel— cuando el tiempo nos puede dar resuelto el espinoso asunto».

EL ALMA DE LA CASA DESAPARECIDA

Cuando se tira una casa no desaparece en realidad para quien la habitó largamente, intensamente, tristemente. El solar guarda el misterio de la casa ida que vaga y flota por entre las paredes de la cerca y para mí es tan conmovedor como oír de quejarse a cualquier herido, del miembro que perdió en un accidente o del que por enfermedad tuvo que eliminar. Ese dolor lancinante, cruel que se conserva largo tiempo en un buen estado de salud y fijo en la parte que se amputó. Estoy bien, dice el paciente, poniendo sus manos sobre el vendaje del muñón o sobre la cicatriz que se formó pero lo que me molesta es el pie. ¡Qué aguzonazos me dá algunas veces!. La familia muestra su asombro ante la queja de una cosa que no existe, como si se tratara de una superchería.

El hombre vuelve siempre a los pasos de su juventud y busca su tierra para morir. Tras larga ausencia vuelve a sus lares y muchas veces con ideas nuevas para acabar con todo lo viejo, fenómeno del que Alcázar ofrece numerosos ejemplos.

Yo mismo he sido uno de esos inexpertos que he cambiado el oro por el latón varias veces, pero la casa no desaparece con tirarla. Llegó el alarife y lo hizo todo escombros, como llegó el médico y saneó la pierna, pero el pie ausente sigue doliendo y la casa, el alma de la casa, sigue

afloando por el suelo donde estuvo y torpe ha de ser quien la habitara antes y no la sienta de quejarse ni la vea en el estado que la conoció.

Se tira la casa, pero aquella cocina con lumbre de cepas donde la mujer hacendosa tenía los pucheros siempre a punto, ¿quien la olvida?. ¿Y como no recordar aquella sogá de longaniza puesta a secar y los jamones y paletillas oreándose en las paredes con el calor del fuego?. ¿Y la tristeza del año que el pedrisco se llevaba la cosecha a punto de recogerla y no había gorrino?. ¿Como no recordar aquella cameja donde se pasaron las calenturas a fuerza de quinina que según Hilario el Repretao amargaba mas que el tuero? ¿Y aquel frío tan helado que daba miedo levantarse y se estaba tiritando, dando diente con diente, hasta que la madre echaba un hacho?. ¿Y lo fresquito de los pepinos y tomates en el sotanillo del hueco de la escalera, flotando en el cubo de agua recién sacado del pozo, alrededor del cuello del jarro del vino?. Las cuadrejas en que se escondía uno cuando le iban a dar la preceptiva agua de Carabaña, ¿quien las puede olvidar?. Ni el sitio donde se resguardaba el cajoncillo de las estampas y el cartapacio de la escuela. Y la desolación de la casa al llevarse a la madre muerta, ¿cómo se borra esta pena?.

Todas las cosas del pueblo de uno, donde jugó, donde tropezó, donde cayó, tienen algo propiamente suyo y cuando las quitan se llevan una parte de su vida que no se recupera jamás, pero que no se puede olvidar y siempre se recuerda su emplazamiento que sirve de referencia por mucho tiempo, el lugar donde estuvo el Pósito, el Ayuntamiento, la fábrica del Salitre, la era Alta, las piedras de Zamora, la Torrecilla, la Virgencilla de los Dolores, los Portales, las Pasaeras, La sastrería de Gude o la de Castor o la de Cepillo, la taberna de Federico o la del Siro, la de Pedro Advíncula, la de la Llana, la de Leña, la del Cielo; el Cartucho o el Hospitalillo. La esquina del Chache, la del Cabezón o la de José Pastor, la fragua de Fachano, el Corral de Cañizares, el estanco del Ciego, y el de la plaza, la carretería de Cosme o la escuela del Señor Bernardo. La Barbería de Doroteo o de Sardineta, el horno de Juanaco, el de Pachurro o la tienda de Medicina, la del Rulo o la del Cuco.

Cuántos recuerdos de los que no queda más que el sitio, pero que a menudo brotan en las conversaciones de los que pudieron vivirlos y sirven a sus pensamientos como si estuvieran en su lugar.

—¿Por quien pregunta?, dice uno en la plaza. ¡Ah!, Recalco mas allá del bizco Sábana.

Y a ver quien le da otras señas mas exactas y mas conocidas de todo el mundo. En el Cristo le preguntan a Juan Marica por Eusebio el Perrero y dice:

—Enfrentico de Malagueña, orilla d'en cá Canana; va usted por allí, tuerce a la izquierda, baja y al llegar a una plaza en la primera bocacalle pregunta.

—¡Ah!; Chicharrillas, en la otra calle; antes de llegar en cá la Chata Oliva.

SACERDOCIOS

En el confucionismo reinante se echa muchas veces de menos al médico antiguo, al médico de cabecera o de familia y de cuando en cuando salen voces de las mayores alturas preguntando qué se podrá hacer para restaurar aquella figura que tanto bien hizo. Vana ilusión después de haberlo aniquilado convirtiéndolo en menestral de un oficio rutinario y de haber anulado aquella confianza general que valía por todo lo del mundo y que no era gratuita sino consecuencia de larga actuación de aquel médico, de aquel amigo, de aquel consejero que se pasaba la vida pendiente de las necesidades de sus pacientes y en Alcázar hubo varios y algunos mozos, como los curas, para que no les faltara nada, que no abandonaron su misión ni un solo día mientras estuvieron en activo y su preocupación por el deber era bien manifiesta y ostensible a todas horas, encarnando la época en que Alcázar ha tenido mejores médicos, por su mentalidad, por su competencia, por su autoridad y una asistencia como no es probable que se vuelva a conocer. Y además semigratuita.

La consideración que se guardaba al médico era tan importante que hasta los más amigos tenían el cuidado de hablarle de usted delante de las demás personas porque el tutearles lo estimaban como faltar al respeto con que se miraba su misión.

El cura, el médico y el maestro, son las tres piedras fundamentales de la vida moral de un pueblo y es una desgracia que se confundan sus funciones y se materialicen olvidando la nobleza y la transcendencia de sus misiones.

Quien no haya visto de actuar un buen maestro o tenido la suerte el mismo de encontrarlo en su camino, no puede calcular la importancia de su actuación.

Alcázar tuvo dos hijos, sacerdotes y maestros ejemplares, cuyas huellas no se han borrado todavía, Don Tomás Tapia y Don Jesús Romero, cultos, austeros y abnegados, a los que se debe la evolución del pensamiento alcazareño y que algunos jóvenes de posición humilde hicieran carreras brillantes y tuvieran actuaciones destacadas en la vida, como Policarpo Lizcano, Andrés Alcañiz, Manuel Manzaneque, Don Magdaleno—que entonces se llamaba Alejo, como les pasaba a muchos que tenían un nombre en la Iglesia y otro en el Juzgado y al sacar la partida para matricularse o para la quinta, cambiaban de nombre—, Jesusillo, Pantojilla y otros que no llegué a conocer, que se formaron en los latines de Don Jesús Romero y en sus renunciadas, no en sus apetencias, como el vecindario en general se impregnó de las predicaciones de Don Tomás y de su doctrina pedagógica, adquirida en la escuela de Sanz del Río cuya cátedra regentó, creador con Giner y Cossío de la Residencia de Estudiantes y de todo el profesorado español de principios de nuestro siglo que se formó allí ¿Habeis pensado alguna vez ante un niño que empuja a empinarse y le dais un dedo o la mano para que se levante, que lo que haya de ser o realizar en la vida, que es el porvenir de todos, de

pende exclusivamente de la formación y de la enseñanza que se le dé?. Que responsabilidad la del maestro y que grandeza la de su misión ¿Como se puede equiparar eso con un trabajo manual?.

El sacerdote venerable al que se besaba la mano continuamente a su paso por las calles, venerable, no por ancianidad aunque el tenerla redoble este carácter, sino por ser sus manos las que ungen y elevan sus preces al Señor sin otras miras que las de impetrar su piedad para los desterrados en este valle de lágrimas. La gente tampoco hacía distinciones y lo mismo besaba la mano del sacerdote pobre, de humilde sayal, a quien Dios tenía que proveer a diario, como nuestro Don Jesús Romero, que al rico y opulento como Don Leopoldo Jaén.

¿Como puede haber un maestro que no vibre de emoción ante un niño que ha de ser modelado por él como una bola de cera?.

¿Hasta qué punto pueden haberse degradado los sentimientos para que un médico rehuse la asistencia por ser tal día o tal hora, por la paga o por solidaridad con una huelga?.

¿Como puede ser que un sacerdote eluda prestar sus auxilios porque no le toque o cierre la iglesia para atender obligaciones profanas?.

Don Julio Matoto, tan observador de nuestros usos y costumbres, nos manda estos "decires" tan verídicos e interesantes para cuantos conocen la vida lugareña.

DECIRES

Tenía Frasco un jefe de ojeadores que cuando se marchaba con los muchachos para ponerse en línea después de haberse enterado bien por donde tenían que llegar a las postas, se volvía muy seriamente a las escopetas y les decía:

"Ahora vos poneis en correletivación para que no haiga deterioros y vos encultais con salicones para que las perdices que vienen con mucha briolencia no vos vean y se güelvan".

Tampoco andaba mal en esto del idioma el bueno de Laureano el que hacía yeso en la calle San Antón, en el n.º 5 precisamente y cuya fachada está ahora lo mismo que hace un siglo y es la única de la calle que perdura.

Laureano decía "Esta madrugá, cuando venía a la iería caiba mucha agua y me tuve que secar la glusa en el horno".

La Casilda, la mujer del Jaro el Tambor, no se andaba con remilgos a la hora de expresarse y decía: Perródico en vez de periódico; paisana a la persiana, taula en vez de tabla; tábano al plátano; oroplano al aeroplano; cambrióneta a la camioneta... y luego aquello de hogaño, antaño, truje, vide, vos vais, etc. etc. eso lo normal y corriente. ¡Y no saben Vds. como se entendían, lo decimos por eso que se estila ahora de las lenguas maternals!

EL ORGANILLO

Las relaciones constantes de Alcázar con Madrid y su influencia para estimular nuestro espíritu imitativo, nos ha hecho aludir varias veces a este popular instrumento.

Le venía el nombre de su tamaño y recibía también el de manubrio por tocarse con una manivela que movía un cilindro con púas.

Deben quedar muy pocos, si es que queda alguno, pero su recuerdo va unido al Madrid castizo, sentimental y bullanguero, de los merenderos y verbenas y los recorridos diarios por la mayoría de las calles para alegrar los espíritus.

En cualquier sitio que hiciera falta música alegre con poco gasto, había un organillo y como no iba a ser ese el único detalle en que Alcázar no imitara a Madrid, los tuvo muchas veces y durante tiempo, en los cafés del paseo, cuando ya decaían y se acabaron los guitarristas flamencos.

En Madrid había verdaderas pandillas de organilleros, formadas por los chulos mas acreditados de cada barrio.

Galdós, que tantísimas estampas brillantes de Madrid tiene en todas sus obras, dice en «Lo prohibido» por boca de su protagonista:

«Cuando regresé ya se oían algunos de esos pianos de manubrio que son la mas bonita cosa que ha inventado la vagancia. Dan a Madrid la animación de una tertulia de baile de cursis, en que todo es bulla, confianza, ilusión juvenil, compás de habaneras y polkas, sin que falten tectos atrevidos y equívocos picantes. Estos pianos, el toque de esquilas eclécticas, que tañen todos los días y los domingos atruenan, el ir y venir de la gente que no hace mas que pasear (1) y otros mil perfiles característicos de un pueblo en que toda la semana es domingo, eran para mí la expresión externa de vivir al día y de esa bendita ignorancia del mañana sin la cual no hay felicidad que sea verdadera».

Apreciación genial de las que tantas tenía Don Benito que, sin ser madrileño, sentía los madriles como se siente la tierra propia. Claro que era canario, que es ser mas que andaluz y Andalucía es la tierra que mejor se amasa con el agua de Lozoya. El rasgo distintivo de aquellos chulapos era la vagancia, efectivamente y ellas les cantaban aquello de:

—Por no trabajar gandul,
te arrimaste a una mujer,
pues te gusta disfrutar,
y vivir a tu placer.
Si un duro puedes gastar,
es porque te lo doy yo,
y aún me llevas a empeñar,

(1) Ramón Gómez de la Serna, hablando de Quevedo, como puro madrileño, dice que se paseaba a gusto y no por vanidad, sino por palear en el al-higui de la vida las brevas del vivir, el recuento del día, su ración de estrellas diurnales.

cuanto me pillas, ladrón.
¡Ladrón!. ¡Ladrón!.
¿Qué has hecho de mi cariño?
¡Ladrón!. ¡Ladrón!.
¿Dónde has echado mal hombre?
los zapatos y el mantón?. (1)

Se mataban por no hacer nada, tiraban del carrillo del manubrio a duras penas, pero mientras tocaba uno los demás se sentaban en las varas o se apoyaban contra la pared atisbando los balcones o ventanas que se abrían para echarles la propina. Ninguno se tenía solo, ninguno tenía ni fuerza ni lacha, pero no hacían daño, eran generosos y listos como los randas de Luis Candelas que planeaban aquellos timos tan graciosos y tan ingeniosos sin agredir a nadie, cosa de la que también presumía el bandolerismo andaluz.

Alcázar tuvo manubrios, pero no organilleros porque la golfería alcazareña no daba de sí para tanto, pues las mujeres, que eran su sostén, aquí apenas si podían mantenerse ellas y los que podrían haberseles arrimado se amparaban en el juego que les daba mas lustre y rendimiento sin aumentar el esfuerzo, que siempre lo miraban con recelo.

Y en Madrid era domingo toda la semana, si señor. La gente de Alcázar, deseosa también de que llegara el domingo y haciéndolo un poco cada día con los panetes, los alboriques y las meriendillas, comentaba con frecuencia que en Madrid no hacía falta esperar a que se pasara la semana, porque siempre parecía domingo y se podía uno divertirse y pasear como si lo fuera. Ahora parece que va cambiando eso y son los sábados los días de farra, que en cualquier día cae bien.

(1) Citado de memoria y parece que falta algo, aunque poco.

Nuestra tierra y nuestra gente

En los buenos tiempos de Estrella y de su pueblo, que eran tal para cual, una noche de aquellas que se planteaban en los cafés del paseo, salió una artista un poco ligera de ropa, ni mucho menos de lo que ahora se estila, pero con otra contextura de los espectadores.

Entonó una canción que decía mas o menos:

—Anoche llegué al lugar,
me han dicho que hay buena gente,
el que me quiera probar,
que suba a ver si es valiente.

Los alcazareños que recuerden lo de la pulga y las que se armaban en la Encomienda y en otros locales madrileños, con excesos para ahora inocentísimos, pueden imaginarse la escena del farruco que se lanza arma en ristre a creditar su valor.

Al día siguiente lo contaba Estrella en la Cruz, diciendo.

—¡Muchachos! como estaría fulano que salió p'al escenario empuñando el arma que parecía una gaseosa!

Se refería a las gaseosas de bola, claro, que eran las de su tiempo y las que se revertían siempre.

Los retratos de la escuela

Son de muchísimo interés para todos y se aumenta con el tiempo. Yo mismo no tenía ni idea de uno de la mía hasta que un día me dice Angel Puebla:

—¿A que tengo yo una cosa que no tienes tú?

Y me dió los que se publicaron en el fascículo primero, de los que solo tenía uno. Esto no era por él sino por su padre, Enrique Puebla, que fue un hombre excepcional y había hecho de todo en la vida, habiendo sido hasta retratista y por aquel tiempo precisamente tenía unos cajoncillos, como vitrinas con retratos, colgados en la puerta de su casa.

Después se han publicado muchos y todavía me parecen pocos por el interés que despiertan en los lectores. Y no era cosa que se prodigaba porque en la larga vida de una escuela se encuentra un retrato o dos cuando mas, que corresponden al periodo de mayor florecimiento o a acontecimientos muy señalados, apareciendo siempre el maestro rodeado de los chicos o bien puesto en un extremo como capitán del barco.

Este que reproducimos hoy corresponde a la escuela de Don Demetrio como uno de las del libro anterior.

Las fotografías de ésta escuela se diferencian de todas en que nunca está el maestro, porque el retratista era él. Y en que son muy numerosas, porque cada año hacía una gran fiesta el día de San José, patrón de la escuela y retrataba a todos los chicos que iban.

Esta multiplicidad de fotografías da lugar a que unos chicos figuren en unas y otros en otras y cuando se publican se produce la extrañeza de los que faltan y quieren salir, como es natural.

En la publicada en el libro anterior con el grupo de El chico de Emilio, faltan algunos muy significativos que figuran en cambio en este de hoy aportado por Angel Ramiro, el del Banco, con sus correspondientes explicaciones y la rememoración de Angel Palmero Ugena, cuya pluma es seguramente la mas lírica e inspirada con que cuenta hoy la afición alcazareña a las buenas letras.

Don Demetrio aprendió el oficio machacando, que no es ninguna tontería, como el Sr. Bernardo, el Sr. Casimiro, como Engalgiebres, como el Cojito, como Aniceto y otros que tomaron a su cargo enseñarnos a leer y escribir y las cuatro reglas.

Los que no lo conocieron, es imposible que se lo figuren, pero pueden verlo como profesor en la escuela de los Franciscanos en el libro 41. Y pueden deducirlo por lo que de él nos dicen estos discípulos, que son fruto de aquel arbolillo. Y el Señor ya dijo de los árboles que por el fruto se conocerían, sistema aplicable a casi todos los maestros, y escuelas cuyas semblanzas publicadas, permiten apreciar como fueron los maestros, quienes fueron los discípulos y cuales los frutos de aquella ruda labor.

Ramiro ha puntualizado a los chicos de éste retrato en la forma siguiente:



- 1ª Fila.—Isidro Ortega (Cascabel), Gregorio Romero, Feliciano Pulpón (El de las Quinielas), Luis Ropero, Regino Manzanares (El nuestro) Los siguientes 2 Murcianos. (Familia de Sarrión el Frutero y Tornero) el que hace 8 Manolo Micó, José A. Romero, y Antonio Micó (El que está agarrado a la verja de la ventana).
- 2ª Fila.—Rafael García, Pepito Palmero, Vicente Vaquero, Fortuna Ropero, Manuel Muñoz (que tiene cogidos a sus dos hermanos que están en la 3ª fila), Ricardo Cuartero (El Seto), Onesiforo Sánchez-Mateos y César Glez- Villacañas (El Camarero).
- 3ª Fila.—José Mª Palmero Ugena (El de la Imprenta) Angel Palmero (su hermano), Manolo Ropero (el pequeño de los Ropero del Vino de Zulaica), Escelio Muñoz, Mariano Muñoz, Fernando Campillo (el Médico), Manuel Medina Alberca, Angel Ramiro (El del Banco) y Angel Pareja (Hijo del Sargento de la Gª Civil Pareja).

Abajo hay dos sueltos que son Antonio Palmero, que lo tiene cogido su hermano Angel, y Ricardo Micó (Micoillo, el más pequeño de los Micós).

“Ramiro dice de Don Demetrio que era uno de los mejores Maestros de aquella época; en aquel Colegio, no entraba ningún artista a trabajar, pues él con la ayuda de algún chico del colegio, lo hacía todo; actuaba de Albañil, Carpintero, Fontanero, Electricista, Pintor-Decorador, y de Fotógrafo, pues las fotos de los chicos nos las hacía él, y si era necesario, también nos hacía particularmente, pues concretamente a mí me hizo una en Domingo cuando no había Colegio.

Era un Sr. que siempre estaba en contacto con nosotros, hasta los domingos cuando íbamos al Cine de Cristóbal, que entonces se llamaba “Teatro Moderno”, íbamos juntos, y como las películas eran mudas, en los letreros que salían nos fijábamos en las faltas de

ortografía que solían tener, y al que mas cogía nos regalaba una entrada para el domingo siguiente, y el lunes en el Colegio las comentábamos, si alguna iba sin H otra con B y debía ser con V, etc.

También había costumbre los sábados por la tarde de contar cuentos, a los chicos, nos subíamos a un estrado que había (de su fabricación) y desde allí nos dirigíamos a todo el Colegio, por cierto que Parejilla y yo éramos los Campeones, y los chicos se reían mucho, y nos pedían otro, así que parte de la semana, estábamos preparando alguno, para contarle, ya que los que nos regalaba D. Demetrio, de aquellos pequeños que se estiliaban, no les gustaban a los chicos; y tenían que ser de nuestra invención, que en ocasiones oíamos alguno picaresco, y lo acoplábamos para que resultara moral y poder contarle en el Colegio.

Los sábados por la tarde con esto de los cuentos era una cosa grande.

El día de su Santo que era el mes de diciembre, le hacíamos un regalo.

Los mayores recuperábamos dinero yendo a las casas de los padres de los chicos y con lo que juntábamos se lo comprábamos, y ese día aunque había clase, no dábamos lección y nos convidaba a "BEBIDA DEMETRINA", una composición que hacia él con vino, agua, azúcar y otra cosilla, pues para no ser menos también se sentía Enólogo.

El día de San José recogíamos gavillas y hacíamos una hoguera en la Puerta de la Escuela, que llamaba la atención, como amanecía al día siguiente; esto como preludio de la función de Teatro, que poníamos ese día.

Los jueves por la tarde como no había Colegio, algunos días salíamos de paseo; siempre con él, y recogíamos algodones, de los que tiraban los ferroviarios por la vía, y los utilizábamos para limpiar los encerados del Colegio, que por cierto algunos estaban manchados de grasa y entre tanto nos iba explicando cosas del Ferrocarril, el que inventó la Locomotora etc; en fin que no se perdía el tiempo, y siempre estábamos en "órbita" como se dice ahora.

En el Colegio todos los días, al final teníamos 20 minutos de explicación, de diferentes temas, que muchos días se prolongaban mas de 1/2 hora, y también nos hacía resaltar, los puestos que habían alcanzado, en la Estación que era el Centro mas fuerte, o en otros sitios sus discípulos, que esto era para él una satisfacción".

He aquí la rememoración de Angel Palmero Ugena.

"Empezé a asistir a su escuela por los años 1920 o 21, con mi hermano mayor Polín o Hipólito, fallecido poco después hacia 1922 o 23. Mis hermanos José María y Luis, el menor, extinto, también asistieron a ella.

En aquel tiempo la escuela estaba en la casa de Benito Ubeda, vecino de mi casa, y luego se instaló en la esquina de la casa del Conde.

En algunos aspectos mis recuerdos de la época son precisos. Don Demetrio frisaría entonces por los cincuenta y pico de años, lejos todavía de los sesenta, que hubiese sido rondar la ancianidad. Era bajito, dinámico, activísimo, imaginativo, lo cual, confería a sus métodos de enseñanza cierto atractivo y originalidad. Algunos alumnos dieron en llamarle "Cometilla" aludiendo a sus reflejos y a la rapidez con que intuía o descubría las cosas y planeaba sus acciones pedagógicas o punitivas cuando el caso lo requería. Muy aficionado a la carpintería manejaba a la perfección un completo taller que tenía en su vivienda de la carretera de Criptana, frente a la casa de Carrero, donde en principio tuvo la escuela. Todo el mobiliario del hogar y de la escuela salieron de sus manos infatigables, algo así como setenta o ochenta pupitres, bancos, encerados y demás.

Eramos más de cien alumnos y le ayudaba como pasante el Señor Pareja brigada de la Guardia Civil retirado, persona seria, bondadosa y poco habladora que se hacía respetar. Don Demetrio impartía sus propias lecciones sin dejar de vigilar la escuela en todo momento, bien yendo de pizarra en pizarra, bien deteniéndose en los pupitres donde se estudia-

ba o asegurándose de que las clases que algún que otro aventajado daban iban debidamente, de modo que los chicos no paráramos en un punto. En otros ratos Don Demetrio presidía la escuela desde una mesa que destacaba sobre amplio estrado o tarima, que, naturalmente, él mismo había construído. Desde aquellas alturas nada, por pequeño que fuera, entre aquella tropa de chicos escapaba a su atención. Para reprimir algún que otro desmán Don Demetrio no vacilaba en acudir a la "palmeta" que esgrimía sujeta a la muñeca con un cordoncillo. Gastaba muchas "palmetas" que personalmente se preparaba eligiendo las maderas más resistentes. Es curioso que su severidad, relativa, por lo general, no dejaba tras sí resquemores o malquerencias. El que más y el que menos sabíamos que la "palmeta" funcionaba casi siempre con oportunidad no exenta de cierto grado de justicia que salvaba un tanto la rudeza del trance. Alguien de la escuela creyó descubrir que untándose las manos con ajo los palmetazos no dolían y hasta se rompía la palmeta al golpear. Muchos alumnos nos llevábamos un ajo en el bolsillo y lo pasábamos a los compañeros que no lo tenían a fin de que se protegieran con aquella especie de bálsamo de Fierabrás. Así el olor a ajo en alguna sección —el colegio estaba dividido en secciones clasificadas por edad, grado de estudios, etc—, era más que notable. Pero por encima de este aspecto anecdótico es cierto que Don Demetrio ejercía sus funciones con verdadero amor, que se ponía de manifiesto en su interés por enseñar a todos, sabedor que en el futuro, muchos de aquellos niños no tendrían otra defensa en la vida que los conocimientos que él lograra inculcarles. Era muy frecuente en él el apodo cariñoso. Por ejemplo, a mi hermano José María, que era un poco tartaja al hablar le llamaba Pa-pe-pi-fo, que resultaba onomatopéyico y certero. Por otra parte ¿como gobernar él solo a más de cien chicos con un poco de orden y además enseñarles bien? Porque ahora se habla de clases de veinticinco o treinta alumnos para un solo maestro y aún parecen muchos chicos. Lo prodigioso era que en aquellas condiciones Don Demetrio consiguiera unos resultados medios extraordinarios. Y esto operando con chicos de los de "entonces". Hay que subrayarlo bien. Los niños eran más ariscos, más rebeldes y agrestes que los de ahora, como productos de ambientes más rudos y diferenciados. El nivel de vida de aquellos años, era, casi siempre espartano. No existían "radio" ni "televisión", la prensa circulaban poco. Las diversiones de muchos de aquellos niños solían consistir en correr perros por las calles, organizaban en bandas, tirar bombas de carburo, organizar guerrillas a cantazos dimitiendo así diferencias los del Cristo de Villajos con los de Zalamea o la Cruz Verde o el Santo o el Parque o del Paso a nivel de Criptana.

No sé si Don Demetrio sabía algo, poco o nada de pedagogía. Pero sí que era un gran psicólogo. ¡Cómo conocía el alma del niño y adivinaba sus cuitas y su capacidad para dar a cada uno lo que más necesitaba!. Había clases inolvidables. Le recuerdo en su estrado, durante las tardes, explicando las peripecias del tiempo. Si llovía surgía de sus labios la explicación amenísima sobre la formación y efectos de las nubes. Si había tormenta la mecánica de truenos y relámpagos era narrada magistralmente mezclando anécdotas de su infancia con consejos útiles. Porque en Don Demetrio se daban combinados dos componentes humanos; el alma de un niño metida en el ser de un hombre entero y curtido. En aquellas tardes, digo, inolvidables, la escuela entera se mantenía silenciosa y en suspenso. Y cuando salíamos a la calle éramos o nos sentíamos otros, menos díscolos y traviesos, más civilizados, comentando la clase y mirando al cielo para seguir el curso de las nubes o el rodar lejano de los truenos. Esa forja del alma infantil daba sus frutos. Con la gramática que daba Don Demetrio nos hemos defendido muchos en la vida y con las cuentas —la aritmética— aprendida con lógica, rigor y ejemplos, no ha ocurrido menos. Ningún alumno desconocía el lento y duro proceso de la formación de España como nación y yo conozco a antiguos alumnos que todavía analizan correctamente una oración, recitan la orografía española como si fuese la Veguilla y hasta recuerdan ríos y afluentes no de "carrerilla" sino sabiendo lo que dicen. Muchos de aquellos condiscípulos al emprender el segundo grado, sobre la base de

la primaria de Don Demetrio, se "pasearon" por el bachillerato sin dificultad, que el terreno estaba bien roturado y tierno para cultivos más ambiciosos.

La fiesta de San José... ¿ Quién no recuerda a Don Demetrio, sudoroso, desabrochado el alzacuello, en la puerta de la escuela, ante la hoguera de gavillas, mecha en mano, soltando los cohetes y siguiendo su curso en el espacio como un chico más?. La Fiesta teatral del día de San José —el patrono carpintero de la escuela— era un acontecimiento singular que desbordaba el ámbito escolar e implicaba a familias, amigos y a gran parte del pueblo. Su preparación exigía semanas de trabajo. Don Demetrio adiestraba los coros. Don Demetrio seleccionaba o inventaba entremeses y letrillas. Una letra que se hizo popular sobre la música de ALMA DE DIOS, decía así:

Al colegio vas temblando todos los días
porque no estudias en casa lo que debías...
para saber.
Eres holgazán
huyes de trabajar,
y los demás al ver
tu indigno proceder
como ignorante te habrán de aborrecer.

Y Don Demetrio, batuta en mano, terminaba así: *ti, tri, tri, riror, riro, rirori...* No hay que añadir que cuando lo cantábamos nos sonreíamos mirándonos pícaramente, porque todos conocíamos a los holgazanes. Héroes de aquellas funciones fueron Regino Manzanares y Porfirio Arias.

Yo salí de la escuela de Don Demetrio cuando tenía diez años. Ingresé en la de los Trinitarios. Aquí estuve ya poco tiempo, pero mis recuerdos, que no caben en estas líneas, son también inolvidables. Este cambio obedeció a un suceso que dio que hablar. Resulta que con un hijo del señor Pareja, Angel Pareja, "Parejilla", nos "fugamos" de nuestras casas para ser toreros, hormiguillo que yo tenía desde el tiempo en que pasaron por la estación los restos de Joselito, y, dos años después los de Granero, con su torrente de comentarios hablados y escritos que mi padre, muy aficionado, contaba en casa. También influyeron en mí las exitosas hazañas de Laurentino. Mis padres me cambiaron de escuela para evitarme la compañía de Parejilla a quien creían culpable de haberme incitado a la aventura. Pero la verdad era muy otra, porque fui yo con mi fantasía quien encalabrino a mi amigo y le comprometió. Planeamos ir a Sevilla andando, pero ¡ay! al llegar a Marañón estábamos muertos de cansancio. Así que montamos en un mercancías y ya no paramos hasta Tocina, Sevilla, donde el jefe de estación nos metió en su despacho y nos puso en manos de la Guardia Civil, que ya estaba alertada por uno de los mil telegramas que las autoridades habían enviado en todas las direcciones. El regreso fue lo bueno. Teníamos que haber llegado por la tarde en el Algeciras y todos los chicos de la escuela nos esperaban en el andén de la estación. Pero sucedió que en Vadollano, un hermano de Parejilla, fogonero que estaba allí de servicio, sin contar con la pareja de civiles bajo cuya custodia viajábamos, nos hizo bajar y nos retuvo unas horas, para que le contáramos a él y a sus compañeros las peripecias de la aventura. Llegamos ya por la noche en otro tren. Toribio en EL DESPERTAR publicaba así la noticia, FUGA DE DOS ANGELES, por aquello de la edad y el nombre de los protagonistas.

Pasada la guerra, muchos, muchos años después, que así se mide el tiempo en los años mozos, ví por última vez a mi compañero y amigo Parejilla. Iba sentado en un carrito de ruedas, inmóvil desde la cintura hasta abajo, vestido de uniforme, creo que de oficial de regulares. Sonrió un poco amargamente y nos saludamos como viejos amigos.

Podría hablarle y hablarle de mis compañeros de escuela. de Vicente Carrazoni, de Za-

carías Ortega, que me arreglaba el portalibros de madera —se me rompía todos los días— sacándose de los bolsillos clavos y una piedra, pues era muy previsor, para sujetar las correíllas. De los Sancho, Los Micó, Rafael Avilés, Onésiforo Sánchez-Mateos, Luis Carrero, los hijos de Victoriano Romero, Escelio y Manolo Comino, Enrique Muela, los hijos del Estudiante, Carreño, Manolo González... Y Abel, cuya amistad desde entonces se ha mantenido fresca y nos ha visto en situaciones difíciles. Aunque yo le llevo dos años, siempre estuvimos muy parejos en la escuela. Recuerdo que nos sentábamos en el mismo pupitre y una tarde él dibujaba copiando de una revista en colores. Yo traté de imitarle y cuando culminaba mi obra y la comparé con la suya, sentí un gran desconuelo porque sin duda yo no estaba llamado para ese arte. Porque Abel no sólo era inteligente ya entonces, sino que tenía talento, conceptos de la misma familia, pero de distinto rango. Abel dibujó siempre muy bien y pinta casi mejor, siendo curioso que cuando hace dibujo técnico lo hace con un toque artístico especial.

La tarde de un Jueves, Abel y yo caminábamos para jugar en las afueras. Hacía sol y el cielo estaba muy azul y corría una brisa fresca, tardes lejanas en flor. Al doblar el chimeneón y avanzar vimos a lo lejos mucha gente. En la casa de Ballester con su fachada de azulejos, las puertas estaban abiertas de par en par. En el pasillo se apretaban gentes carriacontecidas que entraban y salían. Una ventana está abierta y los chicos se encaramaban a los hierros para ver el interior. Nos asomamos Abel y yo. Y vimos. A Ballester muy delgado, barba crecida, piel cerulenta, larguísimo, dentro de una caja de maderas oscuras, los velones encendidos echando humo. Y unos lamentos hondos, agudos estremecedores, lejanos.

No hablamos, Reanudamos la marcha aligerando el paso. Traspusimos las barras; pasamos el segundo puente, el de Valcargao. La tarde seguía hermosa y plena de vida. Los pajarillos parlotaban revolando las siembras. No jugamos. Hablamos muy poco. Volvimos al pueblo por la Covadonga y el parque. Un muerto, el primero que habíamos visto en nuestra vida nos había turbado el ánimo. Durante unos días, cuando nos reuníamos, nuestra mirada se cruzaba y un nombre, que no llegábamos a pronunciar, acudía a nuestras mentes, el de Ballester, el primer encuentro de dos niños con la muerte.

Don Demetrio, con el tiempo, llegaría a ser víctima de su buena fama de maestro, y dejó la escuela cuando los años le habían quitado fuerzas para barajar y enseñar a los alumnos que seguían afluyendo a su escuela. El sacerdocio era en él su vocación y su nostalgia. Volvió a tomar los hábitos y se fue como párroco a Cózar, pueblecillo de la zona de Valdepeñas. Los Sancho esa gran familia, mantuvieron durante años gran amistad y contacto con Don Demetrio, y de cuando en cuando le visitaban y se comían juntos un conejillo con arroz, que guisaba aquél, gran cocinero. 'Creo que todos sus alumnos, tirios y troyanos, hubiésemos dado algo porque Don Demetrio terminara sus días en algún cuarto escondido de la Mancha, su tierra amada, enseñando su gran saber a los parvulillos de los campos'.

El sentido final del conmovedor relato de Angel Palmero Ugena pone fin a estos recuerdos de Don Demetrio que son vida alcazarena. Si el los viera se sentiría compensado de sus desvelos, como todo hombre que realiza un esfuerzo desinteresado y lo ve iluminado con el mas brillante resplandor. Toda siembra ha de ser pródiga y trabajosa sabiendo que una parte mínima ha de ser la fecunda pero que siempre es de tal calidad que basta y sobra para compensar las mas desmedidas ambiciones del sembrador.

Don Demeterio, fraile de vocación, les habla a los chicos para estimularlos, de otros discípulos anteriores que escalaban puestos en la estación. Lo mismo hizo el Sr. Bernardo. Es la satisfacción de todo espíritu paternal; echar la cometa y mantenerla en lo alto satisfaciéndose con verla de volar.

L A C O C H E R A

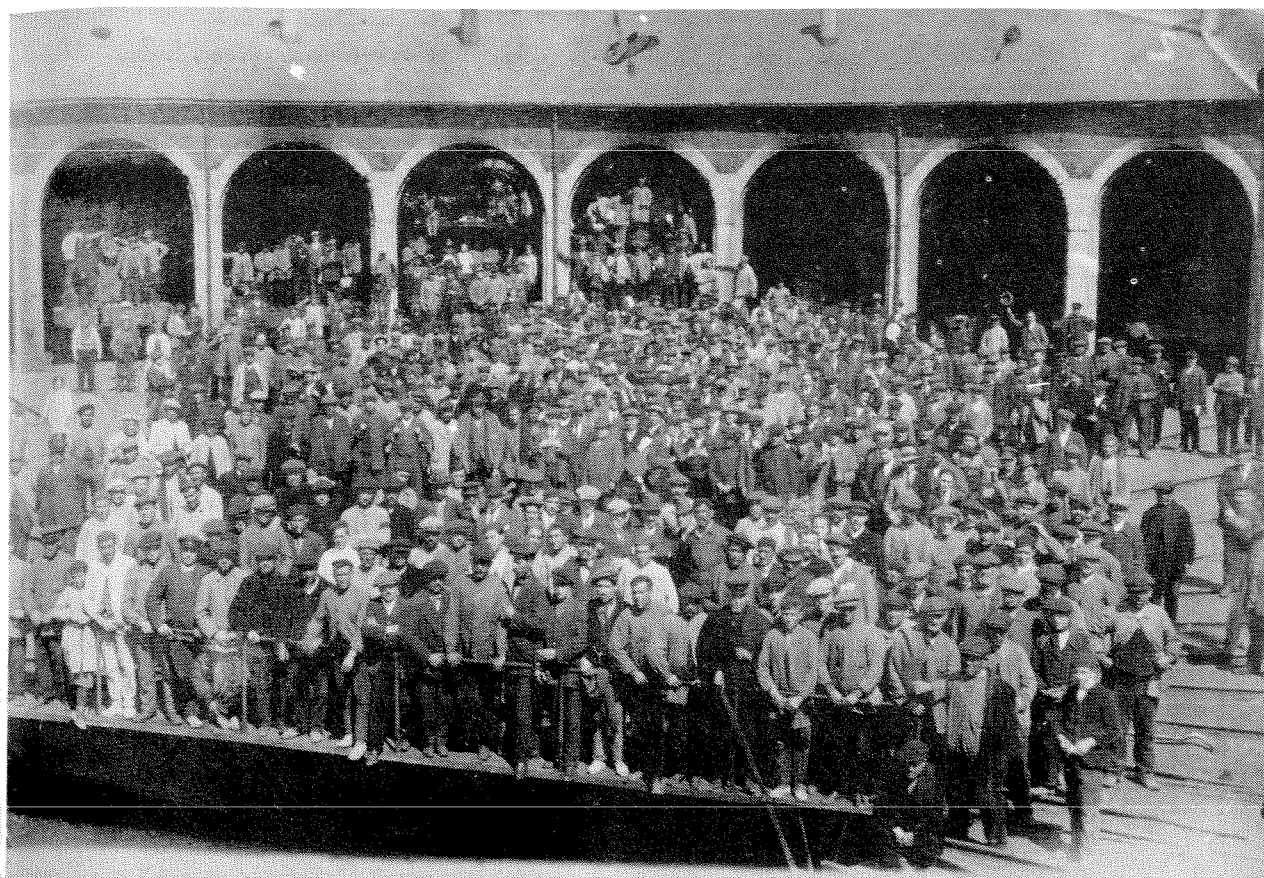
A los ocho o diez meses de no ir por la estación, me encuentro con que ha desaparecido la cochera y que ni de ella ni de la placa han quedado ni señales. Me quedé perplejo. Por primera vez en la vida dejó de tropezarla mi vista como dependencia principal e inmutable de la estación y como caldera de vapor que movía el tren, porque allí se cocía todo.

Claro que estaba muy vieja y servía para poco, pero era tan apañada y tan representativa de nuestra estación que se siente pena al no encontrarla en su lugar y se la evoca como fue, no como estaba ultimamente, medio desmantelada, herrumbrosa y sin movimiento, sino cuando era un hervidero y los ruidos de todo orden ensordecían al andar por sus departamentos. Era lo mas negro pero lo mas brillante de la estación y lo mas característico, lo mas típico de la brega ferrocarrilera, donde se percataba uno del fragor del esfuerzo y del sacrificio de los hombres para sacar adelante una obra y una función.

Todo ello va ligado a mi infancia y se continua a lo largo de la vida como chico del paseo y vecino del barrio y la imagen de aquellos hombres, pausados, sufridos, serios, esforzados y silenciosos que poblaron la cochera no se borra de mi imaginación, pues no solo los conocí, sino que fui amigo de sus hijos que quedaron vinculados de por vida a la estación y formaron un plantel de fogoneros que se disputaban a porfía para abrillantar las máquinas que llamaban suyas y realzaban la cochera como alhajas bruñidas mas que como herramientas de trabajo. Hasta en la manera de ir aquellos maquinistas a la estación a tomar el servicio con cestas negras de asas largas colgando de la mano, se notaba la importancia que daban a su misión, el respeto que imponía su presencia y lo influidos que estaban por el oficio que les caracterizaba como treneros a cien leguas, por su facha, por su indumentaria, por sus andares y hasta por el bigote que crecía de su monte, poco atusado, para no llenarlo mucho de tizne: el tío Berbés, Pílez, el tío Valle, Correillas, Brunner, Vicente de Miguel, Chapas, Vicente Carabaño y Fructuoso el de la Rica, fueron, entre otros, ejemplo de treneros característicos que estov seguro se entristecerían si vieran desaparecida la cochera que los albergó toda su vida, aprovechando bajo su protección los descansos para preparar sus máquinas y tenerlas a punto de marcha.

Qué trajín tenía la estación entonces y que vida todos sus departamentos que se extendía a todo el barrio como si formara parte de ella y en aquel bullir del paseo que parecía un hormiguero, destacaba siempre el ir y venir sosegado de los maquinistas, como de sobrarles tiempo y ser hombres de peso y de asiento, como los citados antes cuyos retoños han hecho andar el tren en lo que va de siglo con una competencia y una buena voluntad imponderables, sacrificándose sin medida.

A todos los he conocido, con todos he convivido, a todos los he oido referir sus fatigas y penalidades sobre las máquinas de vapor, tanto en



He aquí una vista parcial de la desaparecida cochera y de la placa, ocupadas por los estacionistas en una mañana de huelga de por los años treinta. La hora se deduce por las sombras, teniendo en cuenta que la obra estaba al abrigo del cierzo.

En ningún momento habría estado la cochera mas concurrida ni mas vacía de máquinas, cuando verdaderamente funcionaba. La obra en sí misma y el número de ocupantes, dan idea de lo que implicaban en la vida de Alcázar y merece la pena incorporar este recuerdo a los demás publicados en esta obra por lo que valiere para la historia local. Y un detalle de costumbres, todos están de gorra, salvo dos o tres zagalotes que están a pelo. Nadie estaba a gusto en cocote y muchos se acostaban con la gorra puesta, cosa que solo sabían el médico y la mujer.

los recorridos por la línea, como en el foso, en la placa y en aquella cochera, no por lucida menos monstruosa y sobrecogedora para andar por ella y removerla.

He asistido a la evolución de los descendientes de aquellos viejos maquinistas y me parece estarlos viendo y oyendo las peripecias de cada viaje, que no todo era meterse por los rinconcillos de Madrid.

Debería perpetuarse la memoria de estos empleados que recuerdo

como una baraja de trabajadores, cumplidores, competentes, cuyas vidas íntegras se consumieron pendientes de la obligación y de la puntualidad de aquellos relojes tan exactos, sujetos a gruesas y niqueladas cadenas, cuya esfera, blanca y espaciosa, resaltaba en las manos ennegrecidas por la tizne y la grasa del carbón y de las aceiteras.

Desde aquella época que tengo tan grabada, me son familiares los hombres de los Gamitos, los Consciencie, los de la maquinilla, los Brunner, los Berbeses, los Belmontes, los Delgados, los Núñez, los Chavicos, los Tejeros, Alises, los Cencerrados, los Avileses, los Caleros, el Rus, Caspirre, Manjavacas, los de la Rica, Correíllas, Pepe el Largo, el Estudiante, Montalvo, los Villacañas, los Samperiles, los Díaz que eran más que longaniza, los del Cardaor, Francho, Garrido, los Matas, el Galgo, Villajos, los Albercas, Olivares, Córdoba, los Ramiros, los Saludadores, Lorente, los Sarriones, Maldonado, Zúñiga, el Gordillo, Timbulín, Joaquín Justo, Giordano Vaquero, Alcañiz, Octacio, Bernardo el Lillero, Aranda, los de Lope el Pití, Casero, Tocinillo, Aurelio Castellanos, el de la Amalia, Dionisio Castellanos el de las Villamaras, Manolo Cañizares, Manolo García, Comino, Paco Cruceta, Alejo y tantos mas, porque las generaciones se fueron entremezclando formando una maraña inescrutable.

Pobre cochera. Siempre en la vejez pasa lo mismo, que es mejor morirse que vivir penando y la cochera, como todo lo que deja de funcionar, se iba desmoronando poco a poco y el aire se la llevó. Que en paz descanse y Dios quiera que lo que hagan en su lugar desempeñe funciones tan útiles y tan prolongadas como las que ella desempeñó, además de ser el ornamento mas típico y principal de la estación, porque en fin de cuentas, la máquina es la que lleva el tren y el maquinista, el hombre esforzado que se pone al frente con coraje para que pase por todas partes a su hora, suceda lo que suceda y entre bufando con aire triunfador en la estación de término sin que a nadie le importe a cuenta de cuantas fatigas en los trayectos. Al maquinista tampoco le importa nada en ese momento que ve su orgullo satisfecho al avanzar majestuoso hacia el andén ante la espectación general, como un triunfador que da por bien empleadas todas las penalidades del camino.



LAS CASAS DE LOS JEFES

De la desaparición de la cochera me di cuenta de refilón al marchar, el tren, pero he tenido que volver y he ido un rato antes para comprobarlo, recibiendo el mal efecto que produce la estación ahora a los que estamos acostumbrados a verla pujante y vigorosa. Las obras tienen la cualidad de envejecer todo lo que las rodea, aunque sea reciente y me temo que la estación quede hecha una lástima y con la deprimente compañía de las contrucciones ruinosas que la rodean.

La desaparición de la cochera ha dejado desamparadas las casas de los jefes que constituían el mas bello rincón de la estación. ¡Qué protección tan eficaz recibían de la cochera!; las amparaba del solano y de las lluvias mas frecuentes, sin privarlas del sol del mediodía ni de la poca umbría que convenía a las plantas que adornaban sus entradas y las hacían gratas.

Hace tiempo que estas casas venían perdiendo el sello de distinción que tenían y les convendría desaparecer como parecen indicar las agresiones que se producen en su contorno mas inmediato.

Desaparecidos también los empleados viejos, nadie podrá recordar lo que tuvieron aquellas viviendas de notables, de confortables y de respetables. Yo tuve la suerte de visitarlas todas y alguna con frecuencia en los mejores momentos de su vida. Los jefes, que habían ido subiendo poco a poco y con trabajo, que es lo conveniente para asimilar los cambios, adquirían en ellas carácter de senores y se lo hacía parecer el respeto que les rodeaba, enseñanza importante para la gente de ahora para que sepa que cualquiera puede situarse como le plazca si trabaja, ahorra e invierte con conocimiento, pero si empiezan por destruir las cosas, será poca la utilidad que saque y de comodidades no tendrá muchas quien empiece por poner sobre las butacas los zapatos llenos de barro.

Los ordenanzas reglamentarios lo mantenían todo a punto desde la primera hora de la mañana, bien caldeadas las viviendas durante el invierno y frescas en el verano, con unos jardinillos de entrada únicos en Alcázar por lo agradables en todo tiempo, hasta nevando, pues al cruzar sus empalizadas, se sacudía uno con fuerza y se metía derecho a la estufa que estaba botando.

Rara vez estaban estos jardinillos libres de idilios amorosos, por lo general mantenidos por los mismos ferroviarios o personal urbano, porque nadie dejaba de mirar con simpatía aquellos pasadizos verdes, florecidos en su tiempo y con pájaros cantores en sus puertas que llamaban al amor.

En la época del carbón, de los talleres y de la agitación permanente de la cochera, que habrá de recordarse siempre como la mas activa, la mas lucida y la de mas vida de la estación, estas casas de los jefes eran

como un oasis donde se refugiaban a reponerse los que tenían a su cargo aquel ajeteo de bufidos y pitidos de máquinas, choqueteos de vagones, ensordecedores martillazos en las calderas y tizne, mucha tizne, reluciente por todas partes, hasta por el suelo con la carbonilla.

La cochera y el frondoso rincón que les formaba a las casas de los jefes, era donde se dirigían las miradas de cuantas personas andaban por el andén del norte a cualquier hora, pues hasta por las noches, reververaban las luces como estrellas de primera magnitud en la media luna del depósito y en la penumbra de los jardines. Solo otro sitio había por entonces en Alcázar donde se estuviera tan a gusto en las mañanas crudas del invierno, la bodega del Marqués, que era una parte de la estación, hecha por el mismo tiempo, con similar estilo y por los mismos empresarios, que superaba a las casas de los jefes en temperatura, en amplitud, en comodidad y en señorío.

La regía D. Juan Leonardo y de bodeguero Peluza, Venancio Ramos el hermano de la Joaquina, padre de Bernabé y suegro de Antonio Calcillas, los toneleros de hasta hace poco.

Don Juan era un sibarita y mas feo que Picio. Andaba por aquellos salones muy elegantón y ligero de ropa, con unas zapatillas de terciopelo negro adornadas con ramitos de flores bordadas a mano con sedas de colores, testimonio sin duda de algún rasgo sentimental que no le faltaban.

Es el hombre al que he visto fumar con mas gusto. Lo hacía continuamente y nunca había humo a su alrededor, se lo tragaba todo. Fumaba pitos de aquellos paquetes redondos de 0,45 tan rollizos y tan iguales que parecían manojos de espárragos de jardín.

Cuando daba una chupada se quedaba el pito con un hilillo de humo como si le faltara fuerza y ya no se veía mas humo hasta que iba a dar otra fumada que le salía por entre los labios el vaho de la respiración ahumado con lo que se había tragado antes. Uno se figuraba que el humo tan fuertemente aspirado se le podía salir por los talones y le miraba a las choncantillas chancas.

Su tez era renegrida como el tabaco que fumaba y su humor bastante bullanguero, bajo una capa de adustez inalterable a la que contribuía su cara de perro de presa que abría poco los labios ni para fumar ni para hablar, porque otros gestos como el de reir, no recuerdo haberlos visto, solo los ojillos, entornados por flácidos párpados le rebrillaban mas o menos cuando el regocijo le bullía por dentro.

¡Qué lástima para Alcázar y tal vez para toda La Mancha, que se perdiera aquella bodega, como lo es para la estación, en sentido menos transcendente, que se pierdan sus zonas típicas para revestirlas con el uniforme común a toda la red y que no la conozca ni el tío Sabitas si viniera del otro mundo!.

LA TIZNE Y LA PRINGUE

La tizne es un factor muy importante en la vida alcazareña y su matiz predominante durante un siglo, equiparándose con el de la tierra y superando al del yeso y al de la cal. No es una cuestión baladí comentar su desaparición.

Se enseñoreó de la estación, hasta el punto de ser cualidad distintiva y dar nombre genérico a sus empleados, conocidos por los tiznados, pero se infiltró en el pueblo alterando sus cualidades propias, sin dejar ningún sector que no recibiera su influencia, pero el barrio de aquí arriba parecía de la estación misma, no solo por estar habitado por ferroviarios, sino porque las casas, el suelo de la calle y los enseres domésticos, estaban matizados por la tizne y algunas viviendas tanto como el culo de las sartanes. El Paseo, la calle de la Estación, la mitad de la calle Nueva, la de los Yeseros, la carretera y la calle del Horno eran completas de tiznados, aunque luego hubiera ramalazos por todas las calles del pueblo y en la Cruz Verde y en la calle de la Luna a montones.

La fijeza de la paga en los días diez, aunque fuera insignificante, despertó la codicia de las mujeres para no dudar en la elección de consorte siempre que fuera tiznado. A causa de eso ellos se sentían recrecidos y cualquier fogonero de los de doscientas pesetas al mes, podía elegir novia entre la mozas de las familias mejor situadas, ninguna de las cuales dejó de renegar luego de no tener ni para el jabón que necesitaba para lavarle la tizne.

Ya no hay tizne y dentro de poco, la estación misma, revestida de carpintería metálica, nos deslumbrará con su brillantez fría y sin sensibilidad.

Los maquinistas, vestidos en el Corte Inglés, no habrá quien los distinga y saldrán o irán al servicio con una cartera de ministro donde llevarán las hojas de marcha y las circulares en vigor, sin tener que ocuparse de nada mas, porque si se para el tren, ya vendrá quien le empuje. Ha perdido el maquinista su condición de creador, que era lo que le daba carácter y personalidad, el tener que hacer presión en medio del trayecto a fuerza de puños y forcejeos dándole al picafuego, limpiando la caja de humos, quitando escorias y sin dejar la pala, trajines que al acabarlos le enorgullecían y cuando llegaba a su casa parecía un poncio sentado en la banca apoyado en la mesa camilla y reservado por el ama sayona como una matrona romana.

Nada de aquello se volverá a ver. Las instalaciones fijas, con personal y mano de obra que daban la tizne, serán sustituidas por vías de circulación para que los trenes pasen veloces y dejen en Alcázar, que tanto hizo por ellos, el eco de que cruzaron y el polvillo que removieron.

Al irse la tizne ¿qué pasará con la pringue?.

SOLDADOS Y TRENEROS

Todo lo de Alcázar es inseparable de la estación y hasta la milicia quedó ligada al carril.

Desde la época de esta fotografía y antes, ya no dejaron de verse por aquí soldados con las máquinas en las gorras y ¿qué más podrían desear los alcazareños que hacer el servicio militar en la estación?. Era cumplir el deber y lograr la ilusión al mismo tiempo y comer y dormir en su casa. ¡Vamos que!... Pues todavía se quejaban como verá el que leyere esta explicación de Joaquín Barco que, en unión de Cándido Meco, ambos figurantes en los retratos, han ido recordando a sus compañeros de milicia y el motivo de retratarse en el cuartel de Santa Clara, albergue de todas las concentraciones alcazareñas y también de este destacamento de ferrocarriles.

Dice Barco y lo confirma Meco, que la fotografía está hecha en el patio del cuartel de Santa Clara, donde estaba la zona de reclutamiento de Alcázar, el día 30 de Mayo de 1924 y comprende un grupo de militares ferroviarios, pertenecientes al 2º regimiento de ferrocarriles, 2ª compañía en prácticas, siendo jefe del destacamento, como sargento Joaquín Barco García Álvarez, al que vemos en el centro mirando al cielo como pidiendo que aquello se acabara pronto. ¿?. Celebraban la fiesta de San Fernando, patrón de los ingenieros, habiendo empezado la víspera con invitaciones a todo el pueblo que acudieron desde las primeras horas de la tarde del día 29, siendo obsequiados con pastas y bebidas de todas clases, sobresaliendo el zurrilla, y entrada la noche hubo animada actuación de la banda de música con un gracioso repertorio, cohetes, bombas reales y traca. La fiesta duró hasta las primeras horas del día siguiente que sobre las 12 de la mañana se celebró misa de campaña en la glorieta de Santa Quiteria oficiada por Don Miguel Alderete.

Después, sobre las dos de la tarde, hubo una comida en la Fonda Francesa que regentaba el Sr. Labadía, asistiendo representaciones militares de la zona con el Capitán Díaz y altos jefes de la estación, con animada camaradería entre soldados, cabos y sargentos, ante el Señor Capitán de la unidad Don Lorenzo Insausti Martínez que presidió todos los actos, viniendo desde Madrid a tal efecto y realizó antes de la comida, el reparto de los premios a los que hasta aquella ocasión habían observado mejor conducta.

En la fotografía hay 25 militares y un paisano que se agregó por ser inspector y decir que pertenecía a la escala de complemento. Los gastos de la fiesta corrieron a cargo del regimiento.

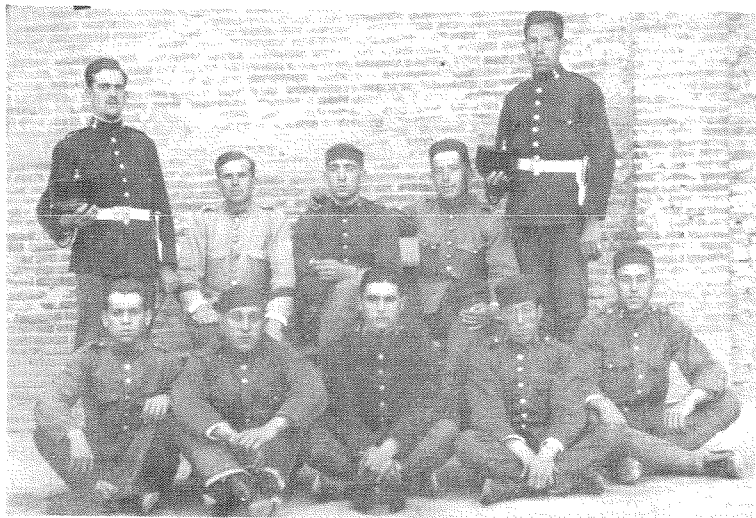
Tanto Meco como Barco, recuerdan que el segundo de la primera fila empezando por arriba es Cándido Meco, al que le sigue un tal Segovia, forastero. De la segunda fila, el cuarto es Francisco Moltó, valenciano. De la tercera fila el segundo, de Alcázar, es Juan Maldonado, siguién-



dole el maestro armero, venido de Madrid; el paisano es el Inspector Vázquez, al que le sigue Joaquín Barco. A continuación Vitaliano Soria Hurtado, sargento, secretario del Capitán venido de Madrid que luego relevó a Barco al licenciarse. El octavo es José Julián Díez, fallecido hace poco en la Cruz Verde, el nieto de Orsini primer fondista de Alcázar y que se casó con Aurora Manzanares, cuñada de Paco el de la Botica. En la cuarta fila nos encontramos con Justo Cárdenas, el de Antonio el Pájaro que estuvo casado con la hermana de Juan el Pollo; el tercero es Mezquina, el que estuvo en las aguas y el cuarto Alfonso Antequera Díaz, criado en Alcázar pero que era de Almansa. De los cuatro medio tumbados, el segundo es Francisco Sánchez, que se casó con la Mercedes del Maestrín, hermana de Arturo, después de licenciarse; el tercero Escribano el revisor y el cuarto Aurelio Castellanos Arias, el de la Amalia del Arenal.

Entre los no identificados hay caras conocidas que los entendidos descubrirán.

Este otro pelotón lo forman Paco Villalba, el hijo del tío Sabitas, que será porque esta mal plantado. Cándido Meco, el del Parque, Joaquín Barco, del mismo barrio, Antonio Abengózar, el galgo, que se casó con



la Petra de la rica, Angel Mayordomo el hijo del Guardia Civil. Eugenio Carrasco, el hijo de el del muelle que vivía en el Altillo Soria, Primitivo Alaminos el cantaor, colaborador de Parmenio, Ricardo Valle y compañeros mártires, hijo del cabo de los serenos y Miguel Peña, hijo de el del muelle de pequeña.



Entre los soldados rasos distinguidos que ha tenido Alcázar este de por el año 1920, que los que le hayan conocido después no lo podrán creer, es el chico mas pequeño de Juan el Jarillo, Angel Vaquero Caravaca, que sirvió en la escolta Real como lo prueban los uniformes y sus emblemas. Y nadie podrá negar que la elección fue certera y merecida, cuando se tenían en cuenta el tipo y la prestancia para desempeñar cargos de honor junto a las personas que lo merecían.

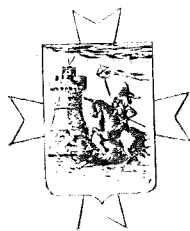
Recuerdo que en el famoso palacio de los Duques de Fernán Nuñez, había un plantel de porteros v servidores impresionante que llamaba la atención de los transeuntes por su constitución como ejemplares de la especie humana y por su porte, de lujosa e impecable distinción, que hacían juego con los caballos que asomaban sus cabezas relinchando a todo lo largo de la calle de San Cosme. Nadie podía aspirar a ciertos cargos, aunque valiera, si la figura no le acompañaba y es de justicia reconocer los méritos de cada uno y congratularnos de que el Angel mereciera tan alta distinción.



L A P I A

Aniceta Sánchez

Esta que veis aquí no es una mocetona, pero es un real carácter, jovial, hacendosa y dispuesta que les echa la pata a las altiruchas, es la Aniceta de Pío, ataviada a lo mujer de verdad, cuyo recuerdo tengo yo siempre presente y conviene renovarlo para que no se olvide lo que es ser una cosa u otra y la equivocación de quienes confunden los papeles y promiscuan las funciones.



Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA
Primo de Rivera, 6
Alcázar de San Juan - 1978